

10
4

SUEÑOS DEL ALMA.

BOSQUEJOS Y ENSAYOS.

COLECCION
DE ARTÍCULOS LITERARIOS ORIGINALES

DE

Antonio Aguilar y Cano.

MÁLAGA.—1878.

Librería de Rafael Mena.

Calle de los Mártires núm 10.

SUEÑOS DEL ALMA.

BOSQUEJOS Y ENSAYOS.

COLECCION
DE ARTÍCULOS LITERARIOS ORIGINALES

DE

Antonio Aguilar y Cano.

MÁLAGA.—1878.

Librería de Rafael Mena.

Calle de los Mártires núm. 10.

A la Sra. D.^a Francisca Tejera de Aguilar,

En prueba de cariño eterno.

EL AUTOR.

NOTICIA DEL AUTOR.



Escribir una biografía cuando á la vista del literato aún no ha comenzado, es sencillamente una soberbia ridiculez ó un ridículo absurdo: librenos Dios de incurrir en una ó en otra falta, que, por otra parte, ni nuestras aficiones consienten ni habia de tolerar la modestia excesiva del autor. Escribir una noticia de la vida del que escribe sobre no poder tacharse con los calificativos que antes empleamos, es una cosa utilísima para formar juicio acertado de un libro: esa noticia puede suministrar elementos que sean dignos de tenerse en cuenta á pronunciar el fallo de la crítica. La edad, los antecedentes literarios, los gustos y aficiones, la profesion, hasta el origen, todo ha podido influir en las páginas del libro imprimiéndole carácter, tendencias ó colorido. Nuestra mision, pues, mision que espontáneamente hemos aceptado, es agradable para nosotros, porque la amistad la hace; sencilla, porque se reduce á consignar hechos, y útil para todos, por el conocimiento que ha de dar á los lectores de la persona que les dirige la palabra desde las hojas de este volumen.

En uno de los mas poéticos lugares que el Genil ofrece en sus siempre pintorescas riberas; en la villa de Puente Genil, nació Aguilar el dia 28 de Abril de 1848. El intenso cariño de sus padres, modestos en fortuna y clase, protegió su cuna, mientras era arrullada por las blandas y aromosas brisas que enviaban los vergeles que rodean la poblacion, y mientras le enviaba su mas grato murmurio el argentado rio que los fertiliza. Al abrir sus ojos el primer sentimiento que leyó en los de su familia fué el cariño; el primero que aprendió

en los objetos y hasta en la atmósfera que le rodeaba fué el que inspira la poesía: la poesía y el amor labraron su corazón, que es por ello sencillo, tierno y tan sensible, que los hechos mas leves dejan en él profunda y dolorosa huella.

Su instruccion comenzó relativamente tarde, pero adelantó de tal suerte en ella, que no parecia sino que su dormida inteligencia se apresuraba á ganar el tiempo perdido. A los once años emprendia los estudios de segunda enseñanza y á los diez y seis concluíalos en Cabra, ese precioso jardín de la siempre rica y feraz provincia de Córdoba. Al salir de su Colegio llevaba en la imaginacion un mundo de ilusiones, porque iba á llamar en las puertas de su porvenir; en el corazón un mundo de sentimientos, porque sus profesores y sus compañeros, eran ya para él una nueva familia; y en su memoria un mundo de tristezas, porque en aquel instante cerraba los dias de la niñez para dar comienzo á los dias del hombre. ¡Cómo recuerda aún la reducida celda en que volaron tres años de su vida!

Despues recorrió las Universidades de Madrid, Granada y Sevilla, y con buen nombre en todas graduóse á los veinte y un años en la última, viendo al fin terminada la carrera de derecho.

Antes de esto en 1865, cuando aun residia en Granada, dió los primeros pasos en el camino de la literatura. LA SOBERANIA NACIONAL de Madrid publicó un artículo suyo sobre instruccion pública que escribió temblando como si fuera á cometer un crimen, y temblando leyó á sus amigos; y el ECO MERIDIONAL de Almeria publicó otros varios que si celebraron sus conocidos, no consiguieron adquirir notoriedad.

Trasladado á Sevilla se solicitó su colaboracion para EL ESPLANDIAN que se publicó en la mencionada ciudad y para el MENSAGERO que vió la luz pública en la de Lucena. En este último con algunos nuevos, reprodujo los artículos publicados en el ECO MERIDIONAL, y en el ESPLANDIAN dió otros que si nuevos, eran sin duda muy inferiores, á los primeros que publicara, contribuyendo á ello sin duda el haberlos escrito cuando era víctima de una gravísima enfermedad que le puso á las puertas del sepulcro.

Ya un tanto afezado al manejo de la pluma y con su

carrera concluida emprendió la peregrinacion á Madrid, que tan á la moda está en los jóvenes de provincias y que tantos desengaños suele reportarles. Mucho sufrió Aguilar; faltóle quien le protegiera, temió presentarse en Ateneos y reuniones, y vió sus horizontes limitados á la triste condicion de pasante de abogado. Entónces se acordó como todos se acuerdan de la política, y se lanzó en ella sin esperanzas pero con fé ardiente. La TERTULIA periódico, le recibió como redactor de fondos, y la Tertulia progresista de la calle de Carretas escuchó sus discursos que fueron celebrados. Allí estrechó la mano y se conquistó la amistad de D. Francisco Salmeron y Alonso, y allí comenzó realmente á darse á conocer. Consecuencia de ello fué su nombramiento para Secretario del Gobierno de Logroño durante la última época radical.

Que á los veinte y cuatro años de edad cumplió bien este cometido, publicabanlo amigos y adversarios, mas sin embargo, como en la política nada hay estable, tubo que dimitir luego que por la abdicacion de D. Amadeo 1.º se estableció en España la República. Desde entónces ni ha vuelto á obtener destinos de gracia, ni ha figurado para nada en la política; su consecuencia, es probable, que de nada le sirva.

Las tareas administrativas no le hicieron olvidar sus aficiones literarias, antes compartia con ellas su tiempo; algun artículo suyo publicó LA REFORMA LEGISLATIVA de Madrid, y fundó el periódico LA PROVINCIA que vió la luz pública en Logroño, sin contar con los diferentes trabajos inéditos que iba acumulando.

Retirado de nuevo á Puente Genil donde por razon de su carrera fué nombrado Juez Municipal, cargo que, dando ejemplo de modestia, aceptó, se propuso terminar la obra titulada APUNTES HISTÓRICOS DE PUENTE GENIL que venia trabajando desde el año de 1867 sobre la base de un extracto que de los archivos Eclesiásticos habia hecho D. Agustin Perez de Siles; consiguiólo en efecto y comenzó á publicarla, al propio tiempo que insertaba aplaudidos trabajos suyos la REVISTA DE FILOSOFIA de Sevilla. Hoy está terminada la impresion de los APUNTES, y ha publicado además un folleto sobre LAS REVOLUCIONES, un juguete dramático titulado UNA LIMOSNA POR DIOS, algunos artículos mas en diferentes periódicos.

dicos y principalmente uno muy notable en el CORREO DE ANDALUCIA, escrito con ocasion de haberse egecutado en Campillos un reo de muerte.

Tiene comenzada y muy adelantada la HISTORIA DE CAMPILLOS, y comenzados tambien unos COMENTARIOS DE LA LEY HIPOTECARIA y un INDICE de la misma Ley.

Su actividad es febril é incansable. Deseoso de llenar los deberes que se impuso contrayendo matrimonio para lo cual necesitaba recursos, concurrió á las oposiciones que se convocaron en 1874 para proveer los Registros de la propiedad entónces vacantes. Hizo ejercicios brillantísimos; fué el único opositor que en los dos primeros ejercicios obtuvo nota de sobresaliente, y por último lo agraciaron con el Registro de la propiedad de Campillos que actualmente desempeña. Al mismo tiempo atiende á sus trabajos literarios, egerce la abogacia, y aún le queda tiempo para atender á negocios de índole diferente. Recientemente ha concluido un drama en tres actos llamado BORRASCAS DEL HOGAR.

Ha recibido diferentes honores y distinciones, entre ellas las mas notables el nombramiento de Caballero de la Real y distinguida órden de Carlos III y el de Académico correspondiente de la Real de la Historia.

Es tímido, modesto en demasía, irresoluto, procura simpatizar con todo género de caracteres, y lo consigue por medio de su dulzura; tiene aspiraciones, ambicion legítima, aptitud para ver realizados sus propósitos; pero es posible que los vea siempre malogrados por no recordar el adagio latino que AUDACES FORTUNA JUVAT.

E. F. y C.

ADVERTENCIA.

Titulánse *Bosquejos* los trabajos contenidos en este libro, porque en ellos solo se ha intentado fijar el pensamiento capital de cada uno, indicando los caracteres mas salientes, y sin atender para nada al desarrollo ni á el adorno en los detalles.

Cada uno de los trabajos que siguen se ha concebido tal y como las palabras lo han expresado; y las palabras han salido de la pluma, sin violencia, tales como el lector las ha de ver.

El pensamiento en ningun caso se ha modificado ni alterado por reflexiones posteriores: la espresion no se ha pulimentado ni corregido. Fondo y forma son la revelacion, la manifestacion de una impresion primera: por eso al conjunto hemos llamado *Bosquejos*.

Los publicamos sin pretensiones, plenamente convencidos de su escaso valor. No esperamos nada del dios Éxito, pero si mucho de la indulgencia pública.

BOSQUEJOS Y ENSAYOS.

EL LIBRO DEL ALMA.

¡Escuela singular! Era numerosa: los alumnos se contaban por millares de millares, y en rara confusión los había de todos los tiempos, de todos los climas, de las razas todas. No se agrupaban simétricamente en líneas formadas por asientos colocados en reducido local, sino que, poseedores de un espacio estenso en demasía, donde la naturaleza en sus más variadas manifestaciones podía estudiarse, se hallaban diseminados ora en pequeños grupos, ora en parejas, ora aislados los individuos por los mil y un lugares que á su voluntad pudieron escoger.

Lo mismo el umbrío bosque de apiñados árboles que entrelazan parásitas y trepadoras, que la pradera de vistosa flora y murmurador arroyuelo; lo mismo la meseta en la cubierta montaña que rasga la atmósfera con sus picos, que la llanura donde traza surcos sin fin la mano del labrador; lo mismo la ciudad en que se agrupan para sostenerse las viviendas de los hombres, que la nave atrevida que balancea sobre los pavorosos abismos de los mares, eran y servían de parte integrante de la escuela peregrina que decíamos. La tierra y el mar, el aire y el espacio, la luz y la creación toda componían sus elementos en proporciones que solo podía medir el pensamiento y las creencias de cada cual.

La voz constante y severa del pedagogo no se escuchaba, ni su figura era perceptible en ninguna parte, caso de que tal ser existiera, y sin embargo, contrariando las constantes observaciones de los hechos que en ocasiones parecidas acaecen, ni uno solo de los alumnos, absolutamente ni uno, dejaba de cumplir su obligacion en aquel instante.

Es el caso que, con el fin de someterlos á severa é imparcial prueba, habiase repartido por el maestro á cada uno de ellos, un precioso libro donde les dijo se contenia cuanto pudieran desear para aprender y conocer, para amar y sentir, y aún para dirigir con acierto sus deseos y voluntades. Tubo buen cuidado de darles volúmenes de una igualdad tan pasmosa en la apariencia, que bien pudiéramos llamarle identidad, y les previno varias veces que saldria mas bien parado aquél que mejor tratase el libro y con mas arte repasase y leyese cada una de sus hojas. En esta tarea, pues, estaban ocupados cuando pudimos sorprenderles con nuestra visita.

Curiosa por demás era la observacion de lo que allí pasaba: miéntras que habia grupos enteros, acaso los mas numerosos, dando vueltas al tomo sin saber qué hacerse de él y sin que la curiosidad les incitase á abrirlo, hasta decidirse á utilizarlo como asiento sobre el cual hacian descansar sus cuerpos, otros mas aplicados habian afrontado resueltamente el problema de abrirlo y estudiar. De entre los últimos, unos agujoneados por insaciable afan pasaban y repasaban hojas con rapidez tan inmensa, que sus ojos no se fijaban y sus manos las iban arrugando y rompiendo hasta convertir la dádiva del profesor en grupo informe de papeles dónde se leian párrafos inconexos, frases sin sentido, magníficos periodos á lo mejor cortados y defaultos antecedentes: otros las arrancaban una á una y, ó las arrojaban al viento, ó las dejaban caer en lodazal inmundo, ó las manchaban y emborronaban de diversos modos: éstos, impremeditadamente, se calaban gafas ahumadas ó de cristales coloridos, lo cual sin advertirlo ellos, les presentaba las páginas que cuidadosamente volvian todas de un mismo color: aquellos pasaban y repasaban hojas sin entender una sola palabra. Los habia que habian leído y aprendido esta ó aquella parte de la obra, y no faltaba alguno que trabajosamente ocultaba la satisfac-

cion que le producía haber dominado y abarcado la mayor parte de ella: quien se empeñaba en resolver lo que para él era indescifrable, apartándose imprudentemente de aquella parte para que tenia especial aptitud; y quién, por último, lleno de temor usaba de lentitud en lo que era fácil y expedito. ¡Cuántas y cuán variadas situaciones! ¡Cuántos y cuán variados resultados! Imposible fuera abarcarlas y comprenderlas todas. Imposible adivinarlos ni pensarlos todos.

El instante esperado llegó y el tribunal quedó constituido con el maestro, invisible siempre, y una matrona tan respetable y séria que, segun le diéramos atributos, lo mismo podria llamarse la Justicia, que la humanidad.

Retumbó la voz llamando á juicio á los concurrentes y todos se dirigieron en el silencio mas profundo á escuchar el fallo á que se hubieron hecho acreedores.

Los primeros fueron los mas perezosos, los que, lejos de estudiar, habiánse servido del libro como asiento:

—¡Ignorantes!... dijo la matrona. Y se fueron colocando á un lado en semicírculo una inmensa mayoría.

Despues llegaron otros muchos de los dedicados á las diferentes ocupaciones de que hemos hecho mérito y á otras que hubiera sido largo enumerar.

—¡Insensatos!... ¡Nécios!... ¡Orgullosos!... ¡Viciosos!... ¡Criminales!... iba diciendo la matrona. Y á medida que esos y otros muchos nombres pronunciaba, se aumentaba la fila de los juzgados.

Adelantáronse entónces algunos que habian estudiado cuidadosamente una parte de aquel libro, y la matrona, recibéndolos con agradable semblante, fué colocando sobre sus cabezas coronas de laurel.

Llegaron otros (pocos tambien) que merecieron por el concepto de los anteriores, respetuoso recibimiento, y sus frentes á poco ostentaron coronas de oliva.

A estos siguieron otros grupos, tambien escasos, que fueron coronados con diadema de luz.

Y por último, llegaron pocos, muy pocos, á cuya presencia todos los premiados se inclinaron, y aquella severa matrona, examinando los libros que llevaban leídos por completo, dijo de un modo inexplicable, porque parecia sobrenatural:

—¡Génios!

Y se colocaron á su lado.

—¿Quién falta, dijo la voz del maestro?

Y llegaron en tropel los que por su desgraciada naturaleza habiáanse retrasado: idiotas, locos, etc. etc., fueron llegando, y la matrona, sin poder contener una lágrima, les abrió los brazos.

*
* *

EN SECRETO

El libro de aquellos escolares era el alma: en él, por punto general, hay páginas completamente inteligibles para cada individuo segun su vocacion.

¡Dichosos los que saben conocerlo, amarlo, respetarlo y desenvolverlo conforme á su naturaleza en sus virtualidades infinitas!

Puente Genil 7 de Julio de 1874.

GLORIA.

I.

—La gloria de los hombres es el ruido de una campana cuyo eco no traspasa los límites de la parroquia: vibra en el mundo, y los mundos viven ignorantes del sonido.

El hombre que la alcanza se embriaga con ella, y la Humanidad no vé al hombre, ni comprende su gloria.

Ese mismo hombre antes de venir á la tierra ¿qué sabia de su gloria? Despues de abandonarla ¿qué conserva de ella? ¡Gloria!... ¡Gloria! Tú eres un fuego fátuo que sueles estraviar al hombre de su verdadero camino.

En la tierra te labran mármoles, te dedican bronces, te consagran libros. ¿Por qué?

¿Qué hizo mas de lo que pudo hacer y de lo que debió hacer el hombre glorioso?

Y cuando la tierra se rompa, y se divida en átomos que disgregados vuelen eternamente por los espacios que no tienen fin; ¿qué será de esos libros, bronces y mármoles? ¿y la gloria que ellos cantan, qué será?

¿A quién preguntaremos por los héroes y los santos de la tierra? ¿Quién sabrá su existencia? ¿Quién la pregunta entenderá?

¡Gloria!... ¡Gloria! Tú eres un relámpago que brilla en los abismos de la tierra, y pretendes eclipsar el sol que fulgura en las cimas de la Creacion.

II.

—¿Quién de tal suerte desconoce las excelencias de la gloria?

En esta tierra de los placeres y de las alegrías, donde la vida se desliza entre flores, como el vino que en doradas copas escanciaban nuestros padres; aquí donde nunca desaparece el amoroso tipo de la *etáire*; donde la mesa siempre convida, y se escuchan lisonjas y adulaciones; aquí donde se encuentran fragancias embriagadoras, paisajes que encantan, sonidos que enardecen; donde la materia ofrece sus dones mas preciados y los sentidos gozan los mas inefables placeres; aquí la gloria es el dosel brillante levantado al que sobre todo logra levantarse. ¿Qué importa cómo ni por qué? Gozar mas, brillar mas, valer mas, ofuscar la vista de las pobres gentes y embriagar los sentidos en goces inacabables.

¿Quién sueña con mundos y espacios que no nos pertenecen y con seres que no veremos jamás? La vista supo habilmente convertir los espacios en nuestra techumbre y los mundos en el adorno de nuestras noches. No tenemos mas espacio que la tierra que nos rodea, mas pasado que el que nos separa de la cuna, ni mas porvenir que el que dictamos de la tumba. Despues... polvo, nada.

Mirad así la gloria, rodeada de luces esplendentes donde eternamente se funden los colores, ceñida su frente de laurel brillante, envuelta en amplia vestidura que bordan cánticos y ardorosas apologías, y arrullando su oído por música tentadora que la sumerge en éxtasis de placer, que no ahuyentan las adoraciones de los hombres todos que ante ella se prosternan.

¡Gloria!... ¡Gloria!... Tú eres la luz y la armonía, el amor, la virtud, la ciencia y vida; tú eres la esperanza de la tierra; su ideal y su fin.

Cantemos á la gloria, cantemos á la materia en su mas excelsa manifestacion.

III.

—El mundo es vaso ponzoñoso donde el espíritu del mal

depositó sus esencias mas sùtiles para tentacion y daño de la criatura. Del aroma de la planta, del canto de las aves, del susurro misterioso de los vientos, de la vista encantadora del paisaje, de la nube que se mece en los aires sobre nuestras cabezas, del agua que á nuestros piés se desliza, de la hermosa figura humana, de todo es necesario desconfiar porque el infernal tósigo se nos ofrece en cada belleza, en cada placer que gustamos. El mundo es nuestro enemigo, la carne es nuestro enemigo; ambos forman sociedad anónima con el demonio.

El cielo es nuestra única esperanza, y esperanza tan remota y tan lejana, que nada menos que la divina gracia hemos menester para alcanzarlo.

¿A qué llamais gloria terrena, insensatos? ¿No advertís que su aparato es el artificioso que inventó Luzbel para perderos?

La tierra es asiento del mal, y debemos aborrecerla; la carne es nuestra tentacion, y debemos despreciarla. ¿Qué valor dais á esa gloria que no puede cantar mas triunfos que los triunfos del mal?

Vuestra gloria es la apoteosis del pecado. ¡Insensatos!... en esclavitudes del infierno se trocaron los triunfos mundanos. Sábios, héroes, falsos regeneradores del mundo, artistas célebres, virtuosos sin creencia, falange entera é innumerable de los escépticos, acompañados de esas bellezas impuras y de toda suerte de viciosos y criminales, al infierno irán á ser viles esclavos del príncipe de las tinieblas.

La gloria no está aquí; para conseguirla es necesario encadenar el espíritu, pisotear la naturaleza, despojarse de la falsa dignidad, tratando nuestro cuerpo como enemigo y como el ser mas despreciable de la creacion. Con toda esta serie de levantados propósitos y nobles ideas el alma se sublima, se purifica y se hace digna de la gloria del cielo, única que existe.

¡Gloria terrena! ¡Gloria mundana! Tú eres abominacion, profanacion, locura.

IV.

—¡Oh! NÓ, no puede ser lo que oigo.
Sinó creyéramos en nada ¿qué sería la verdad, qué sería la existencia?

Si todo fuera materia ¿cómo explicaríamos nuestras ideas y sentimientos que nada tienen de materiales? ¿en qué grupo de la materia clasificaríamos nuestros deseos, nuestras esperanzas, nuestras ilusiones, la vida entera de nuestro espíritu?

Si tan despreciable fuera, por otra parte, este mundo y nuestra vida en él ¿cómo explicar racionalmente que se nos haya dado una vida a propósito para el mismo, una esencia cuya realización es la ley de esa vida, y un sér que tan en perfecta armonía se encuentra con el medio en que vive? ¿es que se nos ha embriagado sugetos á esa ley para que la contradigamos y deroguemos con nuestros actos; con esa esencia para que lejos de desarrollarla la destruyamos; y en esta vida para que en vez de realizarla la aniquilemos? Tanto valdría como sostener que el Sér Supremo era imperfecto, caprichoso y hasta contradictorio consigo mismo: sería igual á negar á Dios.

¡Oh! Nó, no puede ser lo que oigo.

La gloria de este mundo es algo, y algo de verdadero.

Es la expresión de que un individuo de esta humanidad ha sido *mas hombre* que sus contemporáneos y acaso que los que le precedieron; es la manifestación de que ha realizado más y mejor su esencia; es el premio que se concede al que adelanta un paso ó señala nueva y mejor dirección en el camino que la Humanidad recorre.

Podrá esta equivocarse algunas veces, podrá levantar sobre sus hombros ídolos indignos de la gloria; pero el error no demuestra que la verdad no existe.

Ni se crea que en la vida *toda* del hombre merecedor de la gloria en la tierra, no ha de haber antecedente, ni ha de quedar huella de ese estado, si la ley de perfectibilidad no miente, debió venir mas perfecto que los demás y debe ir á dónde sea mayor aun su progreso.

La gloria, pues, ese afán constante de todo hombre ilustrado, ese sentimiento que abraza todo corazón noble, esa idea pura y santa, que como tantas otras sus compañeras flota sobre las inteligencias dominando errores y sistemas, es el reconocimiento y el premio, todo á un tiempo, del hombre que con sus actos abre nuevas vías la Humanidad, separa

obstáculos del camino de esta, ó afirma su paso si en algún momento vacila.

La gloria es la proclamación de que un hombre se aproxima más al ideal eterno; es el ósculo cariñoso que Dios envía desde la eternidad á los que por sus obras son sus elegidos

Abril de 1873.

EL VALLE NEGRO.

I.

Se cansarian en vano nuestros lectores buscando la descripción de este valle, ni aun se cita, en las obras de los mas célebres viajeros y geógrafos: á sus preguntas permanecerian mudos Estrabon y Plinio, Mela y Tolomeo, Marco Polo y Clavijo, Cook y La Perouse.

¿Donde está? ¿A qué nacion pertenece? ¿Qué gentes le viven?—Preguntad, preguntad cuanto gustéis, que en la misma proporcion que vuestra curiosidad, aumente aumentará el impenetrable misterio que rodea al Valle negro.

Habéis de leernos si queréis conocer algo de lo mucho que sobre él puede decirse; habéis de fijaros en las líneas, mas salientes de nuestro bosquejo, si queréis adivinar el paisaje; habéis de meditaros si queréis cercioraros de la semejanza de nuestra obra con su original.

Si meditaís, si os fijaís, si nos leeís, el Valle negro aparecerá en vuestra imaginacion con toda su aterradora realidad, y vereís en él no un país lejano á dónde con dificultad pudierais trasladaros, sinó lugar próximo, muy próximo á vosotros, en el que os parecera extraño no haber reparado antes.

II.

¡El Valle negro!... ¡miradlo!... Allá se estiende en aquellas

profundidades que á nuestra vista tenemos; sus limites no pueden fijarse con exactitud, por qué si unas veces se contiene en ellos, rebosa otras sus aledaños y parece absorber el mundo entero. ¡Quién podrá maridar en su imaginacion esos elementos de fijeza y movimiento, de limite é infinitud que así nos aparecen juntos en el Valle negro!

Rodeanle, cuando limitado, altos é inaccesibles montes sin cesar iluminados por luz purisima que emana de desconocido astro, mientras en singular contraste siempre yace en la penumbra el triste lugar que describimos.

Desde esas cumbres enhiestas que de continuo divisan los habitantes del Valle negro, comienza en direccion á este un declive tanto mas penoso y difícil quanto mas del fondo se aparta, y tanto más fácil y llevadero quanto más se aproxima á él.

¡Qué espectáculo en el fondo! ¡Qué paisaje nunca visto! ¡Qué de cosas á cual mas raras y sorprendentes!

Estiéndose el terreno en llanura inmensa, pero con caracteres diametralmente opuestos á los que observamos diariamente en las tierras que vivimos. El suelo en el Valle negro es ceniza, pero ceniza mas impura y repugnante que la que acostumbamos á ver; tibia al tacto, apenas se remueve produce calor insoportable, que avivado por los aires allí siempre borrascasos, engendra caliente rescoldo del que brotan chispas fecundas en posteriores estragos. Aquella tierra y aquel suelo se fertilizan merced á lluvia que no podemos llamar benéfica; rojizas nubes que se apiñan en tómulos inmensos la envian con frecuencia, pero es de sangre cálida que mancha y horroriza, y forma, al empapar el suelo, el lodo mas horrible que imaginarse pudiera.

La tierra fertilizada hace germinar bien pronto las semillas que su seno esconde, y por do quiera se ven brotar árboles sin hojas cuyas ramas semejan humanos esqueletos, y arbustos y yerbas de no menos rara naturaleza, en los que el viento imita ayes y gemidos que oprimen el corazon y llevan espanto á el alma.

¡Quién sería tan osado para investigar todos y cada uno de los recónditos secretos que encierran aquellos bosques con apariencia de cementerios, y aquellas nunca terminadas in-

mensas praderías? No lo intentaremos nosotros siquiera: basta para contenernos, observar que árboles y plantas ofrecen por frutos amarguras y tristezas, calumnias y pasiones, pecados y delitos. Perdónennos nuestros lectores, ante lo horrible y repugnante de los detalles, optamos por mantener el cuadro á distancia que solo las figuras de primer término se destaquen.

Surcan entre árboles y plantas, deslizándose calladamente sobre un lecho sin accidentes, mil y mil arroyuelos dónde la sangre llovida, que los terrenos devuelven, se junta á una inmensa cantidad de lágrimas, formando un gran río cuya vista solamente apena y entristece tanto como si un solo corazón tuviera que palpar bajo el peso de los dolores de la humanidad entera.

¡Río misterioso! Tú, en tu seno solo albergas los pesares injustos, los dolores infinitos, las amarguras desesperantes; tú, que desde las gotas infinitamente pequeñas, desde los átomos de lágrimas y sangre que te forman, has presenciado hasta tomar tu inmenso cuerpo todos los oscuros é impenetrables misterios del Valle negro, ¿no pudieras revelarnos algunos que acabaran de hacernos aborrecer esta tierra ó por el contrario nos reconciliaran con ella?—¿Es cierto, como aseguran, que en tus bosques no anidan pintadasavecillas, sinó en cambio jigantescos murciélagos, aves de rapiña, y buhos de funesto presagio?—¿Es cierto que los animales á quien el hombre llama nobles, ni otros muchos que engalanan y hermosean la tierra, ó son de utilidad, tampoco habitan allí, viéndose solamente monstruos y endriagos, ó asquerosos reptiles que se retuercen en la abrasada ceniza?—¿Es cierto, dí, que el cielo de purísimo azul que embelesa nuestra vista, allí desaparece velado por los espesos y mefíticos vapores que la tierra exhala, aumentando la constante penumbra del paisaje?—Dicen, oh río de dolores y remordimientos, que el seno de la tierra no ofrece ricos metales, ni piedras preciosas, sino carbones y piedras calcinadas; que el fondo de las aguas no tiene perlas, ni corales, sino lágrimas congeladas; que no hay gratos y penetrantes aromas, sinó los olores producidos por el azufre en combustion y otros cuerpos semejantes; que la luz no determina los objetos distinguiendo

los contornos de cada uno, sinó que por ser escasa, les dá formas estrañas y nunca vistas; que los paisages no agradan ni embelesan, sinó que aterran, sorprenden ú horrorizan; que... dicen tanto, oh río,... pero tú no nos escuchas y sigues haciendo rodar silenciosamente mares de lágrimas sobre mundos de sangre conmoviendo con tu aterrador espectáculo nuestro corazón, mientras miradas infinitas de astros permanecen impasibles en el espacio sin curarse de iniquidad tanta.

Seguiremos tu curso, sin embargo, río sagrado del Valle negro, para ver si en tus márgenes descubrimos humanos habitantes de lugar tan tremendo.

III.

Hélos allí... mirad la multitud que se agolpa y apiña... mirad allá, en cambio, aquellos otros que se diseminan y aislan. Confusion inmensa, variedad infinita, tipos y caracteres sin fin, hechos innumerables que en monton abraza mi vista; ¡quién fuera tan dichoso que pudiera ordenaros en la imaginacion y trasladaros despues á la palabra para edificacion y enseñanza de los hombres! Tarea imposible; muy superior á toda fuerza humana y más aún á las débiles nuestras.

Ya se descubrian entes de sangriento ropage y torba faz; ya otros de humilde y santa apariencia, cuya sola mirada traicionaba sus ideas y sentimientos en contradiccion con las apariencias; ya otros que hacian gala de sus perversos instintos, perfectamente armonizados con sus mas perversos hechos; aquí un grupo que se confabulaba entre los vapores del vino y de la orgía para cometer todo género de crímenes, embriagándose anticipadamente con los placeres que de su comision aguardaban; allá uno que espia, armada su cobarde mano; en un lado, con imponente silencio, juegan aquellos su fortuna, mientras entre báquicos y lúbricos placeres la despilfarran otros, quien con sed insaciable corre en busca de placeres lanzándose en los impuros brazos de cuantas mugeres se le brindan; quien huye tétrico del bullicio, y seca el alma, busca en la desesperacion valor para concluir de

un golpe sus miserias interminables; por todas partes mugeres de sensualidad nunca satisfecha, que como cáncer las corroe; hombres de ambicion insaciable que abrazan todos los medios para satisfacerla; por todas partes prostitucion, asesinato, robo, corrupcion, crimen, vicio, pecado... ¿Quién no retrocedería abrumado por la pesadumbre de tanta y tanta fealdad, de tanta y tanta limitacion, de tanta y tanta carencia y desconocimiento del bien?

Aquella atmósfera nos ahogaba y se nos hacía insoportable aquel espectáculo, cuando descubrimos en medio del Valle negro una santa y hermosa figura que seguramente solo por humanizarse habia adoptado las ropas y forma de muger. Envolvíanla amplios y flotantes pliegues de blanquísima vestidura de la que exhalaba el mas suave y grato de los perfumes; ceñíanla amores y virtudes, dibujándose sobre ellos un turgente y mórbido seno; y sobre su cuello que cisnes envidiaran sostenia con gracia inimitable una cabeza llena de magestad y hermosura, cuyo rostro, que atraia poderosamente el corazon con amor purísimo é indefinible, se destacaba del fondo que formaran sus cabellos abundantísimos que sembrados de esquisitas flores meciánse en el viento despidiendo fragancias celestiales. Apenas sus piés se apoyaban en la tierra hacía la cambiar, y allí donde antes solo abrojos de inesplicable naturaleza nacian, crecian luego lirios y jazmines, nardos y violetas. De su cabeza y de su cuerpo todo, parecía desprenderse luminosa aureola que la enlazaba á la tierra y al espacio inmenso. Su vista imponia respeto y veneracion; su mirada engendraba amor; sus actos sembraban las virtudes que la ceñían siempre infinitas.—¿Quién era?

—Yo soy, nos dijo, la que tengo por mision conquistar este Valle sin ejércitos ni fuerza; yo la que sufriendo de una manera que á los mortales no se alcanza, por sus pecados, crímenes y vicios, escondo en mi seno los dolores que me causan y en cambio les ofrezco paz y consuelo para sus almas, proporcionándoles los medios de trocar esta mansion por aquella otra cuyas iluminadas cumbres desde aquí se divisan; yo la que devuelvo amor por ofensa, bien por pecado, con resignacion y esperanza que nunca me abandonan; yo

toco los corazones podridos para volverlos sanos, yo arranco la podredumbre de las almas corrompidas, yo abraso en intenso afecto á los que mas prevarican, y cuando sus corazones renacen á la esperanza y al bien, llevando á sus ojos las primeras lágrimas, de vergüenza por el pasado, de alegría por el presente, y de ánsia por un porvenir mejor, yo avivo los latidos de esos corazones y, como joyas preciosas, recojo esas lágrimas enjugándolas con el perdon que el arrepentimiento lleva consigo. Yo enlazo los mundos á Dios, y de este enlace misterioso y sublime nada escapa. Pero no creed que estoy en absoluto sola en mi tarea; aun cuando por medios diferentes preparan mi obra la Ciencia y la Justicia.—¿Veis esos hombres que distintos de los habitantes de este Valle, corren por él con lucientes antorchas, llevando algunos armada su diestra con espada?—Pues esos son los auxiliares de la Ciencia y la Justicia; los que se afanan por instruir, corregir y mejorar á estos hombres. Algunas veces lo consiguen (son por desgracia las menos) y entónces auxiliados por mí suben ese difícil declive que conduce á aquellas apetecidas cumbres que desde aquí miras. La mayor parte suben con facilidad el primer tercio, pero de allí en adelante gran número de ellos se hacen la ilusion de no tener fuerzas para continuar, cuando en realidad es que les domina el mal, y se dejan ir con rapidéz vertiginosa al fondo del Valle; pocos llegan arriba, pero los que llegan lo hacen ya regenerados y purificados. Generalmente mis esfuerzos y los de mis auxiliares dan algun resultado, pero hay casos... Y, al decir esto, cogió de las manos de un hombre de la Ciencia la antorcha que llevaba y apróximándose á un ancho y profundísimo pozo la arrojó dentro de él: al principio la luz luchó con ventaja iluminando las paredes del pozo, pero, á medida que descendia, las sombras aumentaban, disminuía la luz, la antorcha llegó á no ser, siempre descendiendo, más que un punto, y despues nada: desapareció para siempre en aquel centro sin fin... Hay casos, volvió á decir, en que la conciencia de estos desgraciados es perfecta imágen de lo que acabas de presenciar.

Animabáanos aquella singular muger ó sér divino, y nos atrevimos á preguntarla: ¿No tendrá esto fin? ¿no habrá término para estos males? ¿la ley del progreso....?

Iba á desplegar sus labios para contestarnos cuando de pronto vimos que palidecia, inclinaba su cabeza dejando que la velasen sus abundosos cabellos, oprimió su corazón con la mano izquierda y alargó rígido el brazo derecho indicándonos un punto... ¡Ah..! Llevaba razón para dejarse dominar un momento por el dolor: nos señalaba la mayor de las perversidades que hasta entónces habia escapado á nuestra vista: una multitud de hombres se entregaban á los vicios y crímenes mas espantosos usando como estandarte de una figura parecida á lo que con nosotros hablaba.

—Mi nombre no cobija crímenes, gritó esta; y se apartó de aquellos lugares, y nos apartamos con ella asidos á sus vestiduras.

Así repasamos el río de lágrimas; y los bosques de esqueletos, y las llanuras de ceniza.

Y así salimos del Valle negro.

29 Junio 1875.

DOS VIAGES DE UN COMETA.

I.

¡Quien pudiera describir el espectáculo grandioso que el espacio infinito ofrece! Cuadro sin límites donde mundos brillantes ruedan armónicamente, semejando las figuras mas fantásticas que crearse pudieran; luz incomparable, de cambiantes no soñados, que por doquiera baña el universo; te-
chumbre inmensa donde siempre, en todo lugar hay suspendidos astros no contados; fundamento, base no medida, donde forman pedestal eterno más mundos y más ástros: por todas partes la luz, la vida, el mas allá; por ninguna el limite; tras un globo mil, tras aquellos...! Quien es capaz de encerrar en la estrecha cárcel de la imaginacion una creacion infinita!

Intenten, en buen hora, trabajo parecido génios y talentos superiores; acometan tal empresa Chateaubriand en su *Gloria*, Flammarion en sus obras de ciencia, ó algun otro á ellos semejante; nosotros nos contentamos con señalar ese espacio que se levanta sobre nuestra cabeza, ora azul, como estendido lienzo donde dibujan las nubes los cuadros mas bizarros, y admirables que al ojo humano es dado contemplar, ó ya oscuro, para que la vista se abisme en su inmensidad persiguiendo la luz de miriadas de estrellas, y el alma embargada por el espectáculo quede presa al cuerpo por un solo punto y se engolfe, pierda y confuda en él infinito. Nosotros nos contentaremos con señalar allí y decir á nuestros lectores: aque-

lla es la escena donde se ha de representar el cuadro que en este artículo bosquejamos.

II.

Por ese espacio caminaba un cuerpo monstruosamente grande; muchas veces mayor que la tierra, infinitas mas que la Luna; y caminaba con una velocidad tal que á nosotros, pobres pigmeos de la creacion, nos hubiera parecido que era aún mayor su marcha que la de la luz. Aquel globo, mas que gigantesco, más que colosal, para cuya calificación no hay término en nuestra lengua de liliputienses, ardía constantemente de una manera que todo él no era otra cosa que una hoguera inconcebible. Sus luces, por ello, eran de lo mas brillante de lo mas admirable que pudiera idear la imaginación más calenturienta de un artista: colores maravillosos, combinaciones de luz imposibles en nuestro mundo, cuadros esplendentes que no caben en nuestra pobre imaginación... ¡quien pudiera decir tal como era aquel cometa precioso que tras sí dejaba iluminada larguísima estela cual adorno digno de él, ó bien se envolvía en penachos luminosos que de lejos semejaban ardiente cabellera!

En su rápida, vertiginosa marcha pasó cerca de nuestro mundo, y pudo sorprender con la misma prontitud este espectáculo:

La Tierra con sus bosques y montañas, con los rios y cascadas que de estas se desprenden bañando prados y valles, con sus tierras pobladas ó sus desiertos de arena ó hielo, con sus innumerables habitantes, con los mares que hinchen sus más cóncavos abismos, con sus nubes, su atmósfera, y hasta su satélite, era á lo lejos un globo pequeño sobre cuya superficie parecían dibujados aquellos mas notables accidentes que hemos enumerado; aislado en el espacio, rodeado por todas partes de él se sostenía por esa fuerza misteriosa que liga los astros, y les hace voltear incesantemente en un espacio sin fin y por un tiempo sin medida.

Pero era lo notable que, en aquel preciso momento en que el cometa divisó la Tierra, alzábanse sobre estas dos blanquí-

simas figuras, ideales, etereas, llenas de belleza y magnificencia divinas; sus piés se apoyaban en la Tierra que les servía de proporcionado pedestal; sus cuerpos se sostenían enlazados, envueltos en flotantes vestiduras que solo el éter con sus movimientos podia mover; y sus cabezas por mórbidos cuellos enlazadas á sus cuerpos, y adornadas con cabelleras que parecían de luz, se levantaban en busca, sin duda, de ese Sér poderoso que tan grande máquina sostiene, alienta y mueve. La una de dichas figuras tenía en su mano una trompeta, y la otra una antorcha de que salían vibradoras lenguas de fuego.

Ambas figuras eran el grupo mas deleitoso que se pudiera contemplar, y el espectáculo que ofrecían en medio de la creacion uno de los mas peregrinos de esta.

Fijando mucho la vista, una vista que pudiera distinguir los objetos mas microscópicos se veían llegar multitud de hombres al pié de aquellas figuras y hacer á sus plantas todo género de sacrificios; la mayor parte de estos no eran aceptos, pero algunos causaban placer á los ídolos que hemos dicho, y entónces la antorcha se agitaba, á su luz avivada por movimiento se leía por doquiera en letras de oro un nombre mil veces repetido; la trompeta lo anunciaba con voz potente que el espacio repetía; los hombres se prosternaban alzando sobre ellos el elegido, y las libaciones se multiplicaban, los sacrificios crecían, y el humo del incienso envolvía la parte inferior de aquel cuadro.

Homero... Alejandro... Platon... César... Cervantes... y otros muchos nombres se pudieron leer á la luz de aquella misteriosa antorcha.

Homero... Alejandro... Platon... César... Cervantes... fué repitiendo aquella trompeta, con voz muy fuerte.

—¿Quién sois? preguntó el cometa al pasar junto á la Tierra.

—Soy la Fama dijo una.

—Soy la Gloria, dijo la otra.

Y señalando ambas á sus piés, dijeron:

—Esta es la Tierra: estos son los hombres.

El cometa obedeciendo la ley fatal que le impulsaba en su marcha, siguió esta, no oyó más, y se sumergió en los abismos sin fin del espacio.

III.

Aquel cometa pertenecía al sistema solar y por consiguiente describiendo su órbita habia de volver á pasar por el mismo sitio que antes dijimos, ó sea por cerca de la Tierra.

Y en efecto volvió.

Pero ¡oh sorpresa! aquel espectáculo que la vez anterior contemplara habia desaparecido. El grupo de la Fama y la Gloria no estaba en su lugar.

Pero ¿y la tierra?—En vano la buscaba con su mirada de fuego aquel cometa: la Tierra no estaba, habia tambien desaparecido.

¿Y los hombres...? ¿Y Homero... y Alejandro?

El tiempo lo habia borrado todo: quebró el eje de la Tierra y la disgregó en átomos que volaron en el espacio.

El cometa continuaba su marcha: la creacion persistía, y la Tierra y sus pigmeos habian muerto para siempre

Agosto de 1875.

UNA NUBE DEL ALMA.

Era la hora del crepúsculo; la hora que tantos poetas han cantado; la que tantos otros cantarán á despecho de los críticos que olvidan en sus censuras que lo eternamente bello, eternamente inspirará al hombre.

¿Qué hay en esa hora, en ese momento diario de nuestra creacion, que así embebece el alma, afecta los sentidos, y conmueve hondamente el corazon humano?

¿Es que encerrados durante el dia en la cárcel de luz que forman los rayos solares, privados nuestros ojos y nuestra alma con ellos de espaciarse libremente en el oceano sin límites que pueblan otros mundos, sentimos en la hora del crepúsculo que nuestras cadenas se rompen y que pronto nuestra alma libre podrá vagar por la inmensidad?

¿Es que acostumbrados durante el dia á apreciar los objetos en sus menores detalles sentimos que amparándose de las sombras nos ofrezcan por todas partes misteriosas y estrañas formas?

¿O es que la muerte del dia evoca en nuestra conciencia el pensamiento de nuestra finitud, y nos entristece recordándonos que nuestros lazos terrenos se romperán, sin saber cuales habrán de sustituirlos?

Sea lo que quiera, pensamiento, sentimiento ó recuerdo, el hombre se afecta en esa hora con desusada intensidad, y la naturaleza entera, preparándose al silencio de la noche parece como que escucha los latidos del corazon de su rey.

Era la hora del crepúsculo, decíamos al comenzar este bosquejo: dos personas estaban sometidas al influjo de ella, sin duda, mas especialmente que otras que apenas se saben dar cuenta de lo que sienten.

Una de ellas era jóven, aún no habia llegado á los veinte años, hermosa, con la hermosura suave y dulce, con la hermosura ideal y melancólica, de quien anima una graciosa cabeza rubia con la encantadora mirada de unos ojos de azul purísimo.

Era la otra, aunque no anciana, mujer de edad madura, y conservaba en su moreno rostro señales evidentes de una belleza cuyo término claramente anunciaban los nevados hilos que un ojo perspicaz pudiera descubrir en su abundoso cabello negro.

Ambas, sentadas en ricos y lujosos sillones delante de una encendida chimenea, contemplaban mientras se eclipsaba la luz del dia, como las llamas del hogar entrechocándose con movilidad incansable, se levantaban ó retraían, se retorcían ó encorvaban, y cambiaban hasta el infinito los rojos ó azulados matices de su luz, mientras las secas astillas iban poco á poco convirtiéndose en blanquísima ceniza.

A espaldas de nuestros ya conocidos personajes, en la mullida alfombra, se señalaban cada vez mas distintamente las inseguras y movibles sombras de cuantos objetos bañaba la luz de la chimenea. La parte superior y media de las paredes, oscurecida por mas densas sombras, estaba ocupada por cuadros cuyos asuntos la imaginacion de cada uno hubiera forjado en aquel instante con los raros elementos que la vista hubiera podido sorprender en aquellos lienzos que parecían animados gracias al relampagueo del hogar. En el centro de la habitacion pendía una araña de transparente cristal, en cuyos adornos quebrábase la luz produciendo los hermosos colores del iris, cambiados á cada instante por la mas ligera oscilacion de los cristales.

¿Qué pensaban aquellas mugeres? ¿Qué idea hacia tan pesada la cabeza de la rubia como para obligarla á que la sustentase en su diminuta mano, mientras el codo hundía ligeramente el relleno del sillón! ¡Quién lo sabe! La mirada de la última anunciaba tristeza, ansiedad, sufrimiento.

La de mas edad alzó sus negros y brillantes ojos, llenos de viveza é inteligencia, y posándolos sobre su absorta compañera, se decidió á interrumpir aquel ya largo silencio:

—Tú, Celia, le dijo, me ocultas una preocupacion que sinó te hace sufrir, al menos te distrae con frecuencia. Por mucho que me quieras no puedes librarte de ver algo en mí de esa falta de corazon que me atribuyen. Y si vieras, Celia, cuanto se engañan; si supieras que lejos de estar desprovista de sentimientos tiernos, esos mismos sentimientos han sido mi tormento y son ahora los implacables enemigos de mi tranquilidad! Tén confianza en mí, ya que tanto procuro inspirártela.

—No seas injusta ni contigo misma, ni con tu amiga. Yo no doy crédito á lo que otros engañados, acaso, por las apariencias han podido decir. Yo, Lola, sé que la risa que prodigas encubre tus dolores con máscara disimulada para todos, menos para mí; yo sé que tu corazon tiene fibras muy delicadas; pero en realidad no te he dicho lo que mi alma siente, porque mi preocupacion es vaga, indeterminada, no tiene forma tangible. ¿Como quieres que te la comuniqué?

—Ya has comenzado á hacerlo sin darte cuenta de ello. No en valde, Celia, pasaron mis juveniles años; no en valde mi corazon ha vivido tanto y ha aprendido tanto; tu preocupacion no puede ser mas que una; porque una sola cosa preocupa á tu edad de esa manera vaga, de esa manera indefinida que dices.

—¿Y qué cosa es?

—Muy cándida eres sino has adivinado que se apodera de ti el amor.

Celia se ruborizó fuertemente; sus ojos que habian cambiado miradas con los de su compañera, se fijaron de nuevo y con mayor tenacidad en la lumbre, pero esta vez su boca no permaneció muda. Con acento ligeramente tembloroso, con voz mas débil que antes, dijo á su compañera:

—No sé, Lola, qué hubiera contestado á otra que me hubiera dicho lo que tú; á ti mi corazon no te ocultará cosa alguna; y por ello ingénuamente te confieso que no sé si me preocupa el amor; para saberlo necesito conocer antes á ese ente, porque pienso que haberlo oido nombrar con repeticion

no es conocerlo. Dime, Lola, ¿qué es amor?

—Amor es, amiga mia, solo una nube del alma.

—Ahora lo comprendo menos.

—Esa frase es la síntesis de mis observaciones y de mis experiencias. Si preguntas á un filósofo lo que á mí acabas de preguntarme, le verás coger el alma humana, tenderla en su mesa de diseccion, en el método, y provisto de su escalpelo intelectual convertirla en menudos trozos para ofrecerte un modo de ser de una facultad anímica, pronunciándote una larga disertacion sobre el amor. Si preguntas á un naturalista te hablará de funciones, de instintos, de sensaciones, y de otros mil asuntos groseros para tu delicado espíritu. Si preguntas á un moralista cristiano tendrás que ir á buscar el amor al centro del mas exagerado misticismo; fuera de allí es pecado abominable. Sí...; pero á qué cansarte, tantas contestaciones diferentes obtendrías como individuos interrogases. La cuestion es compleja, tiene muchos, infinitos aspectos: nadie puede comprenderlos todos y cada cual se inclina al que le indica la particular direccion de su espíritu. Por eso, como ahora has preguntado á una muger, y á una muger que tiene algo de poeta, no has podido obtener mas que una imágen poética, imágen poética que tampoco puede abrazar mas que algunos aspectos de tu pregunta.

—Y bien ¿cómo es el amor esa nube, que dices, del alma?

—Escucha y te desarrollaré mi pensamiento.

Guardaron silencio las dos amigas por breves instantes que empleó Lola en comenzar así su narracion:

—Desde el momento en que yo llamo nube á el amor, y nube del alma, ya comprenderás que la misma alma es su cielo. En efecto, las cualidades que generalmente atribuimos al cielo, diafanidad, transparencia, pureza, esas mismas encuentras en aquellas almas donde por primera vez se presenta la nube del amor. Antes de esta, si algunas nieblas oscurecen momentáneamente el cielo del alma, son las nieblas de la candidez y la ignorancia. Nube alguna ha surcado sus ámbitos; puros se crearon é iluminados por la luz de la pureza han estado hasta aquel dia.

Llegado este, la nube del amor aparece; no hay dos almas en las que presente idénticos caracteres; pero, sin embargo,

en todas ofrece algunos que les son comunes.

La nube del amor no aparece nunca en el cénit del cielo, sigue en esto las reglas de la creacion material, y se presenta constantemente en el límite del horizonte.

Al levantarse herida por los rayos de la imaginacion, que es el sol de nuestras creaciones espirituales, presenta los cambiantes mas bizarros y caprichosos que es dado concebir, tíñese de carmin y púrpura como los celages que la aurora anuncian; y quién dentro de sí la siente, y quién la vé con los ojos de la fantasía, y quién adivina lo que pasa en aquella alma, exclama: ¡ilusion! ¡la ilusion primera! ¡la ilusion de color de rosa!

Sube la nube lentamente ó con rapidez. Si lo primero, promete ser duradera; si lo segundo, su paso por el cielo del alma es efímero. En uno y otro caso para que la nube subsista dentro de sus naturales condiciones de existencia es necesario que á la par, ó con posterioridad haya nacido otra en otra alma para que entrambas se completen.

Cuando esta última condicion falta, la nube que no ha tenido compañera, persistiendo siempre, sufre una notable modificacion en su colorido; ya palidece reflejando su palidez misma en toda el alma; ya trueca en celoso azul su matiz de rosa; ya por último, Celia, se ennegrece, preñando el alma de dolores que no hay quien comprenda.

—Te equivocas en eso, Lola, nunca falta quien comprenda esos dolores. Y te suplico que si mi pregunta ha de causarte el menor enojo, suspendas tu contestacion, que gozosa me privaré de escucharla con tal de no verte triste.

—No tal amiga mia. El recuerdo de lo pasado no me molesta, y sobre todo lo desecho facilmente.

Te decía, que cuando en un alma gemela, no habia otra nube gemela, el amor moria, porque no son amor los celos, ni es amor la desesperacion.

Pero supongamos que, en efecto, existen las dos nubes en las dos almas, entonces, á medida que ascienden en sus respectivos cielos, tienden una á otra como si secreto iman las atrajese, enviáanse sus ilusiones que con el cambio se aumentan, y henchidas de ellas, llegan al cénit habiendo recor-

ruido un camino sembrado de floridas y encantadoras esperanzas.

Si todo vá bien, si de una y otra parte hubo amor verdadero, sinó se atravesaron obstáculos en el camino, ni nada imprevisto desconcertó la marcha de nuestras nubes, entónces, al llegar ambas al cénit, el magnetismo que las atraía aumenta su intensidad, acércalas y con ellas las almas, funde los dos amores, y, al fundirlos, dos almas se enlazan para siempre...; pero desaparecen también para siempre las ilusiones, las esperanzas, los sueños de color de rosa. ¡Dichosos los que conservan un afecto tranquilo y apacible! Las nubes así reunidas, combinadas por el choque de sus electricidades, se convierten en menuda é imperceptible lluvia de bienes reales y efectivos; pero el cielo del alma queda libre de sus rosados celages.

¿Vuelve á reproducirse la nube?—No quiero, no puedo darme una respuesta á mi pregunta.

Pero no es esto todo, Celia; como antes te decía el amor tiene otras nubes sus enemigas, y en el cielo del alma también se forman tempestades.

No es posible abarcar todo eso en mi rápido discurrir; pero te enumeraré algunas de las contrariedades del amor, segun en este momento ocurren á mi mente.

Como en este mundo todo se falsifica, también hay falsificaciones en la nube del amor. Nacen otras con sus mismos caracteres, con sus apariencias mismas, con mas atractivos si caben; surcan lozanas el espacio que se proponen recorrer; pero sinó se desconfía de ellas, sinó se las repele y rechaza: ¡hay de quien en ellas crea! Solo males y desgracias, solo desdichas, cuando nó deshonra es lo que encierran en su seno.

—¿Y cómo distinguirlas? interrumpió Celia.

—¡Oh! de una manera muy sencilla, replicó Lola. Si el amor es verdadero su nube se eleva siempre, su aspiración es principalmente espiritual y noble, su ascension es continua. Si el amor el falso, su nube tiende mas hacia la tierra que hacia el cielo.

Cuando ni falso, ni verdadero existe amor alguno su fingimiento es difícil, y no resiste la prueba mas débil á que se le someta.

Aparte de esto, hay para el amor un enemigo mas poderoso; nace precisamente en direccion opuesta, bajo forma de nube, pero nube incolora, desprovista de encanto y de belleza: unos le llaman *cálculo* y otros *interés*. A veces en la misma alma que nació el amor nace despues el interés, luchan uno con otro hasta que alguno prepondera haciendo desaparecer á su contrario. En esta lucha á el amor como mas noble, mas sencillo, mas incauto si se quiere, toca casi siempre perder, por habérselas con un enemigo astuto, cauteloso y traidor.

—Que mala idea, dijo Celia, tienes del corazon humano.

—Al contrario, Celia, le aprecio mucho y sé cuanto valen sus sentimientos; pero no puedo menos de confesar que con frecuencia la cabeza le humilla y vence. No lo desprecio, le compadezco en su servidumbre.

El interés ni el cálculo, seguiré diciendo, enlazan nunca, ni confunden dos almas; lo único que pueden hacer es encadenarlas una á otra, con cadena pesada y dolorosa que no deja mas que la eleccion entre la resignacion de la víctima ó la desesperacion del esclavo á quien la servidumbre ultraja.

¿Necesitaré descender á detalles en estos últimos pensamientos?—Ciertamente que nó: tu espíritu elevado, tu clara y viva inteligencia, no necesitan mas que mis ligeras y breves indicaciones.

Hay, Celia, no ya un enemigo, sino todo un grupo de ellos que, por último, conspiran contra el amor mas ó menos directamente. Para que el amor prevalezca, para que viva, necesita una atmósfera pura, despojada de mefíticos vapores; necesita un cielo despejado y sereno donde él solo pueda estenderse; necesita un alma como el armiño, donde sin miedo pueda reposar. Es tan delicado, su naturaleza se altera tan facilmente, que le hiere ó le mata una mancha en el alma, mancha que enturbia su cielo é intoxica su atmósfera. Pues bien, ese último grupo de enemigos de que he de hablarte, atentan contra el amor por esos medios, ya obren consciente ó incóscientemente. Aludo á las pasiones: ellas, vapores exhalados del lodo de nuestros cuerpos, enturbian la diafanidad del cielo donde mora el amor; ellas, huracanes de la vida remontan á la atmósfera el polvo infecto que la tierra les ofrece; ellas, que de lágrimas y sangre se nutren, man-

chan indeleblemente el alma, agostan las fuentes de su vida, secan los manantiales de su virtud, desnaturalizan el raudal de sus sentimientos, y dejándola mística y enfermiza, matan para siempre en ella hasta la posibilidad del amor, y solo la dejan capaz de saborear dolores y remordimientos.

La virtud, cuando mal tan grande se inicia en las almas, puede salvarlas; cuando se ha desarrollado es necesario mirar mas alto: solo resta la esperanza en Dios.

Continuando el símil del amor con una nube pudiera decirte mucho mas; pudiera contarte las borrascas que corren las almas enamoradas, borrascas donde unas naufragan, mientras otras se salvan; pudiera decirte la diversa suerte que cabe á las que llegan á unirse para siempre; pudiera hablarte de amores que llegan al cénit sin encontrar su término natural, y entónces descienden á la parte opuesta hasta llegar á un frio y mortal ocaso; pudiera en fin multiplicar las imágenes que te he ofrecido; pero sobre que mi imaginacion no se aviene á estar sujeta á un mismo objeto mucho tiempo, yo confío, como antes te dije, en tu perspicaz entendimiento: lo que yo no te haya dicho, sin duda, lo adivinará tu alma.

—Si que lo hará, amiga mia, á pesar de que has dejado en ella con tu relato una impresion penosa. Para tí el amor verdadero es muy difícil, mientras que yo, que por tu respuesta lo he adivinado dentro de mí, veo á su contacto embellecerse la creación, crecer mas lozanas las plantas, brindar mas aroma las flores, volar mas alegres los pájaros, y por todas partes sonar como un eco armonioso su nombre, símbolo de vida, de felicidad, y de ventura.

A este punto de la conversacion habian llegado: la sombra de la noche era ya completa, y dentro de aquel lindo recinto solo alumbraba la luz que despedia el encendido hogar. A favor de esta circunstancia, un jóven, que mucha confianza deberia tener en la casa, llegó hasta donde las dos amigas se encontraban, sin haber producido ruido alguno. La última palabra de Celia aún no se habia perdido en el aire, cuando encontró eco en las del recién llegado, que dijo:

—¿Con que tambien sentís el amor, y sin embargo no quereis rendiros á él?

Las dos mugeres se levantaron sobresaltadas; pero despues conociendo al misterioso visitante, prorrumpieron en risa, que fué franca y desenfadada en Lola, tímida y comprimida por el rubor en Celia.

Medieron los saludos y explicaciones convenientes; un timbre sonado con mano asaz nerviosa indicó á la servidumbre de la casa que habia cometido una falta; las bugías á poco iluminaron el aposento; y mientras Celia, de puro encendida roja, no sabia donde esconder sus ojos ya que no su cuerpo, Lola sonriendo alegremente decia al jóven:

—Si te perdono, Enrique, el susto que nos ha dado es por el placer que me proporciona el ver resuelto inesperadamente un problema en averiguacion del cual he empleado la tarde.

—¿Seria indiscreto saber...?

—¡Oh! no: se trataba sencillamente de averiguar por qué estaba triste Celia.

—¿Y conoceis ya la causa?

—Lola ¡por Dios!, dijo Celia.

—Sí, que la conozco, contestó Lola, dando franca expansion á su risa. Oye con atencion, que es un secreto. La causa era... que dos nubes color de rosa, dos nubes gemelas, habian aparecido en el horizonte.

Algunos años despues de esta escena, estaba Lola en la misma habitacion que hemos descrito, al lado de la misma chimenea, y sentada en el mismo sillón; pero el frontero estaba solo; Celia no estaba allí; esta vez tocaba meditar á Lola.

Un criado demandó permiso para entrar, y una vez obtenido, presentó á su señora en una rica bandeja de plata una carta cuyos sellos la denunciaban como procedente del correo. Lola la tomó con rapidez, abrióla febrilmente, y la devoró con la vista, mas bien que la leyó. Aquella carta terminaba así:

« Es verdad, pues, que mis doradas ilu-

»siones, aquel sueño de fruición eterna y siempre variada
»que abrigué, se ha desvanecido; pero otros sentimientos y
»otros goces mas reales y legítimos le han sustituido. La
»ternura de Enrique para conmigo, ternura á que yo corres-
»pondo no está exenta de placer; mas lo que me recompensa
»sobradamente de la pérdida de mis ilusiones es el cariño
»intenso, profundo y sin rival que á mi hijo tengo: una sola
»de sus caricias; uno solo de sus gustos satisfecho; un solo
»cuidado de los que ofrece atendido; son otros tantos poemas
»de ventura inefable para mi alma, poemas que no hay lengua
»que los traduzca, ni palabras que lo expresen.

»La nube del amor, querida Lola, tal como tu la pintabas
»se extingue; el amor de los hijos vive tanto como el alma.

»Ya ves con cuanta razon, al enviarte tu beso de despedida, te dice siempre que es muy feliz tu amiga.—Celia.»

¿Necesitaremos decir á nuestros lectores que lloró Lola?

Lola habia abrigado un amor sin esperanza, y fiel á él dejó que el incienso de sus adoradores convertido en humo se perdiese en el espacio.

Con los años los adoradores de Lola se fueron: el amor sin esperanza quedó.

¿Qué valor tendrían, pues, las lágrimas que la carta de Celia arrancaba?

Nos confesamos impotentes para averiguarlo, y dejamos ese cuidado al lector curioso.

Octubre 12 de 1875.

UN CUADRO VIEJO.

I.

La nota que, entre mis amigos, tengo de aficionado á todo género de antiguallas, sobre todo á las que pueden ofrecer algun interés artístico, fué causa de que uno de ellos, cuando me solazaba en clasificar mi coleccion numismática, me sorprendiera con el envio de un gran cuadro, cuya fecha bien larga testimoniaban las perdidas ú oscurecidas tintas y el estado general de la tabla. Dejé, incontinenti, á un lado mis monedas, y, como Dios me dió á entender, procuré limpiar aquella superficie para descubrir en ella las bellezas que adivinaba, y cuya sola esperanza me impresionaba fuertemente. El cuadro, sin embargo, negó con discrecion exagerada, á los vulgares recursos de que me valí, el secreto que escondia, y fué preciso, confesando mi vencimiento, acudir á persona entendida y experta para que realizase aquella por demás difícil restauracion.

No sé si el agua oxigenada, si algun otro medio ofrecido por la química, ó si la inventiva del restaurador pusieron fin y deseado término al objeto que me habia propuesto; ello es que la misma tabla volvió á presentarse á mis ojos tan retocada y limpia, que hubiera sido exigir mucho no contentarse con poder apreciar hasta en lo mas minucioso lo que el cuadro en su asunto contenia.

¿Qué representaba, pues?—Oigánlo mis lectores.

La figura principal, en primer término, era un anciano en quién el artista había sintetizado los caracteres más salientes que pueden hacer bella á esa edad la figura humana. Corrección de formas, nobleza de expresión, naturalidad, gran colorido: esta era la ejecución por parte del artista. La nota que individualizaba aquella figura para distinguirla de otras muchas, era la melancolía y la tristeza, pero con tonos de naturaleza tal que al mismo tiempo expresaban complacencia, tranquilidad y ventura. A sus pies, como pedestal se veían los símbolos de todas las profesiones y estados de la vida, así como las más distintas producciones de la tierra y del trabajo.

En segundo término había dos figuras, si los lectores me dispensan la libertad de llamar figura á una sombra. Esta era la del personaje principal; pero no una caricatura del mismo, no una proyección caprichosa de sus rasgos más expuestos á la acción de la luz, ni una nube informe más ó menos oscura, sino que por voluntad, sin duda, del artista, aquella sombra, sin dejar de serlo, era en sí misma una nueva figura, pero antitética á la primera, con caracteres opuestos, repugnante, demoniaca, creación bizarra entre trágico, reptil y hombre.

La otra figura no era el contraste de la principal; era su sublimación, su divinización, su apoteosis. Sosteniáse en el aire, y toda vaporosa é ideal, llena de luz propia, la enviaba á el anciano envolviéndole é iluminándole con ella.

De manera que entre aquellos tres tipos existía un íntimo lazo, cuya determinación era difícil; pero cuya presencia se adivinaba al punto. La figura más espiritual parecía nacida del anciano y al propio tiempo le prestaba su luz; esta misma luz engendraba la sombra que antes describimos; y á su vez la sombra estaba unida á el anciano como toda sombra al cuerpo que la produce. Indudablemente la composición aquella debía ser simbólica, y aquellos tres tipos realizarían por completo el pensamiento del pintor.

El fondo era notable por su verdad y excelente composición; el centro lo ocupaba un precioso valle enriquecido con todos los productos de una rica vegetación, y con todos los accidentes de un bello país; á un lado se divisaba el mar, al otro,

formando contraste, las arenosas latitudes del desierto, y en los últimos términos algunas azuladas montañas.

Figúrese el lector todo esto con un tono de luz y color suave, con un cielo transparente, y con un claro-oscuro tal como para hacer salir del cuadro las figuras, y tendrá una idea aproximada, siquiera no sea artística, ni completa, de aquella famosa antigüalla que mi amigo me regaló, y yo me apresuré á restaurar.

El ojo más profano, el más desprovisto de sentimiento estético, descubría allí la inventiva poderosa y la mano segura de un Maestro; pero inutilmente me esforcé por averiguar el nombre de este. Ni el estilo, que era nuevo, ni la escuela (que no se determinó), ni el dibujo, ni el colorido (por esta vez ambos excelentes), ni fecha, ni inscripción, ni medio alguno de los conocidos pudieron revelar el nombre de aquel misterioso *Zeuxis* ó *Apelles*.

Había pues dos misterios en el cuadro: uno el nombre del autor; otro el pensamiento que la composición simbolizaba. Un misterio solo es ya un estímulo poderoso, un empeño fuerte, para pensar é indagar: dos misterios, no ya uno, significaban la preocupación constante de mi espíritu, la idea fija, la lucha inacabable entre aquello desconocido y mi inteligencia que trataba de conocerlo.

Cuando el alma se impresiona de este modo, piensa en el objeto que la excita á toda hora, aún sin excluir la del sueño; así se explica que yo soñara, y soñara de este modo.

II.

Primero solo ví una superficie de un color blanco, brillante, semejante al de la luna, superficie en que se descubrían manchas oscuras. Nada había en ella inmóvil, ni ella misma lo era: un movimiento lento de rotación la hacía variar constantemente y no presentar nunca límites fijos.

Después la luz que se proyectaba en aquella superficie tuvo muchas y rápidas alteraciones en su intensidad, desde una brillantez extremada hasta la opacidad y la sombra. En este último caso se descubrían multitud de puntos rojizos ó azu-

lados, que se extendían, perdiendo su matiz al hacerlo, hasta confundirse con la blanca superficie.

Mas tarde, este movimiento vibratorio de los puntos indicados se hizo mas regular y continuo, hasta el extremo de que sucediéndose sin interrupcion sus oscilaciones, y cambiando constantemente de color, dejó aquella superficie de ser blanca, para tomar sucesivamente todos los colores del espectro, pasando por los infinitos matices intermedios. Era como el telon (pero telon dotado de movimiento y sin límites fijos) donde se proyectan los cuadros fundentes de una linterna mágica.

Aquella superficie se encorvó, redondeó, volvió á extenderse y se dividió en hemisferios siempre con sus variadas luces y colores.

Despues, la parte inferior teñida de verde comenzó á ondular, mientras la superior formaba azulada bóveda; ambas se unieron, y determinándose mas el color y ondulaciones de la primera, comprendí que aquello era el mar.

Peró aquel mar me rodeaba por todas partes, me absorbía, me aniquilaba, y con atraccion poderosa me llamaba á su fondo.

El espanto se apoderaba de mí; un terror incomprensible, del que solo el que lo sueña puede darse idea, paralizaba mis miembros.

Las olas pasaban sobre mi cabeza, pero ténues, sin producir rumor, sin mojarme.

Y mi pavor era mas grande al verme, á la par, en el fondo del abismo, y en la superficie, sujeto á un mismo tiempo, en dos lugares diferentes, á un tormento inesplicable.

Allá, en lontananza, con mis asombradas pupilas divisé una como sombra de algo que yo conocía, de una persona querida, simpática, de quien esperaba auxilio; y en efecto recobré la esperanza, y con ella, gracias á la perpétua movilidad de mi vision, salí de trance tan apurado.

¿Quién era aquella sombra amiga?—Entónces no me daba cuenta de quién pudiera ser; pero recordaba su figura; la figura triste y melancólica de un anciano.

La sombra desapareció; las aguas mudaron poco á poco de color; la superficie del mar, sin transicion apreciable, se

fué solidificando, y á poco mi cansado cuerpo yacía en los secos, en los abrasados, en los interminables arenales del desierto.

Y abrasaba el sol, y la arena estaba candente, y mi boca, seca como la arista, en vano deseaba el agua.

Y mis ojos inyectados en sangre en vano se revolían en sus órbitas para buscar en aquellos interminables ámbitos una fuente y una sombra.

La esperanza volvió á abandonarme; mi imaginacion pobló aquel espacio de horrorosas visiones, de figuras infernales que pasaban y cruzaban sobre mí como si yo fuera la presa que les estaba ofrecida.

Y luego se desvanecian, y volvian, y en retornar continuo aumentaban el pavor de mi alma.

Aquello era una angustia imposible; la angustia de la voz que no encuentra su eco; la angustia de los ojos que no encuentran punto cercano en que detener su mirada; la angustia de un sufrimiento sin límites; de un alma que vé y comprende sus sufrimientos.

Y el desierto impasible ante mi estado, en vez de ofrecerme un límite que fuera gérmen de esperanza, extendía sus latitudes al infinito; el calor aumentaba su intensidad, y los fantasmas cruzaban con vertiginoso movimiento sobre mi cuerpo. ¡Oh! que es desesperar sinó agotarse las fuerzas del alma!

Y las fuerzas de mi alma se agotaron.

Entónces, en aquel precioso momento, la sombra misma que antes habia visto, aquella sombra querida, volvió á presentarse; y su vista fué brisa suave, brisa bienhechora y perfumada que refrescó los abrasados y candentes senos de mi alma.

Y sin interrupcion alguna de tiempo me sentí trasportado á un oasis bellissimo, conjunto admirable de flores y plantas; de aguas murmuradoras, de aves ricas en plumage, y de cuantas maravillas en tierra fértil y sana produce naturaleza. Aquel oasis estaba por todas partes rodeado de una cosa inesplicable: el desierto en movimiento con las ondulaciones del mar, ó el mar petrificado como el desierto.

Mi cuerpo estaba enervado á consecuencia de las aven-

turas que acababa de correr; mi alma estaba cansada: ambos necesitaban reparar sus fuerzas. Y en efecto, soñé que me dormía con el mas tranquilo y sosegado de todos los sueños.

¿Cuanto tiempo estuve así? No lo sé, ni creo que dentro del alma el tiempo tenga medida.

Ello es que luego sentí que alguien enjugaba mi frente y fortalecía mis miembros. Abrí los ojos y me encontré con un anciano que reunía en sí todos los caracteres que podían hacer bella á su edad la figura humana; sus formas eran correctas, su expresion noble; pero un tinte melancólico y triste se notaba en su semblante. Me hizo señas de que me levantara; así lo hice, y mirando á una y otra parte me encontré en un delicioso valle limitado á gran distancia por unas montañas, al frente, el mar, á un lado, y, á el otro, el desierto.

Entónces comprendí que me habia salvado, y arrojándome á los piés de aquel anciano, mi libertador por tres veces, regué el suelo con mis lágrimas, lágrimas que salían ardientes del fondo de mi corazón.

Contrariado quizás por mis trasportes alzóme del suelo, y entonces, lleno de asombro, ví cernerse en los aires una bellísima figura, que emanando luz purísima la enviaba derechamente á iluminar la figura de mi protector. Quise en tal instante recordar algo, y miré al suelo: en él, gracias á la luz de aquella figura se proyectaba la sombra del anciano, pero sombra horrorosa que se retorció á sus piés como un reptil herido.

Entónces me dí una palmada en la frente y comprendí que aquel era mi cuadro viejo. ¿Pero como estaba yo dentro de él? ¿Cómo el cuadro se habia convertido en realidad? Yo no podia explicármelo; mas no por eso dejaron de acudir á mi pensamiento los dos misterios que para mí el cuadro tenía.

¿De qué modo podría nunca satisfacer mi curiosidad mejor que interrogando á aquel anciano?

Así lo hice. Si me contestó ó nó, yo no puedo jurarlo; pero sí que una voz extraña; voz que no tenía eco, pero que resonaba en mi alma dió contestacion á mis preguntas.

El anciano se llamaba *Beneficio*, la sombra que se arrastraba por el suelo *Ingratitud*, la deliciosa y etérea figura que

en el espacio se veía *Agradecimiento*, y el autor del cuadro *el Hombre*.
Después todo se desvaneció, figuras, anciano, valle, luces, mar y sueño.

III.

Quando desperté recapitulé mis ideas.

Y mirando mi cuadro dije:

El beneficio engendra ingratitude ó agradecimiento.

La ingratitude suele seguir al beneficio como la sombra al cuerpo.

El agradecimiento sublima y embellece al beneficio, y hace mas horrible y repugnante la ingratitude.

20 de Octubre de 1875.

EL ANILLO DE LA CONCIENCIA.

¿Quién no ha tenido entre sus amigos alguno de carácter reservado, inclinado á la meditacion, amante de la soledad y del retiro, de génio dulce y apacible, propenso al bien, y enemigo declarado de todo lo que aun de lejos pudiera trascender á vicio?

¡Ay! yo tenia uno á quien amaba con la fuerza toda de mi alma; uno cuyo recuerdo aun endulza las tristes horas que á la meditacion de lo que fué consagro.

Vedle sentado en el extremo de esta lancha que guiamos con ruido y algazara sobre la corriente poderosa del Guadalquivir; vedle indiferente á esa multitud que se afana en la orilla izquierda por lucir riquezas, hermosura ó posicion, mas ó menos legítimas; vedle indiferente al encantador paisaje que ofrecen á la vista las huertas y jardines, las casas de campo y los talleres de la industria, los muelles atestados de barcos, el magestuoso puente que á su espalda cruza el rio, y la sin par Sevilla que auxiliada por Triana parece atraer cariñosamente á su seno el renombrado Betis; vedle ageno al indescriptible espectáculo que ofrece la exuberante vida de esta poblacion, reflejada en el movimiento infinito de su gran paseo y de su muelle, y adivinada en ese murmullo constante que puebla el aire, sin que sea bastante á apagarla el producido por las ondas que resbalan bajo nuestra débil barquilla; vedle completamente abstraído: para él la Torre del Oro, gala de esta ribera, no existe; para él la Giralda, el

bello gigante que recuerda la romancesca historia de los árabes, tampoco hiende esbelta la purísima atmósfera; para él ni ese cielo sin rival nos cubre, ni la tarde declina, ni el sol dora apenas las encantadoras azoteas de la poética reina de Andalucía.

Nosotros bogamos, bogamos sin cesar, y vemos cruzar á nuestra vista como si estuvieran dotados de movimiento el paseo de Cristina, San Telmo, los jardines y las Delicias. Por último abandonamos los remos, dejamos la barca á merced de la corriente, y cesando en nuestra conversacion nos fijamos en la grave, pero dulce figura de nuestro amigo.

¿Qué tienes? nos atrevimos á preguntarle. Tú frente está contraída por la meditacion, tus ojos vagan por todas partes sin fijarse en ninguna, tu boca no sonrie, ¿te molesta acaso nuestro paseo? ¿te impacienta que riamos? Dijeraslo y verias como tus amigos por verte alegre se tornaban mudos ó volvian la proa con ligereza hácia nuestra sin par Sevilla.

—No por Dios, queridos amigos, no es eso; es que á veces no soy dueño de mi imaginacion, y esta me ofrece recuerdos que me afectan de una manera tan intensa como para abstraerme de cuanto me rodea.

—Vamos, ya comprendo, dijo uno, algun amor naciente alguna hechicera de ojos negros y pié diminuto, de esas que lucen su gracia incomparable en la Plaza nueva ó en la calle de las Sierpes.

—Te equivocas, respondió, ¿no comprendes que si así fuera lejos de estar aquí andaria probablemente confundido entre esa muchedumbre que há poco dejamos atrás?

—Pues entónces, le repliqué, no acertamos hoy con la causa de tu mutismo, y la verdad es que nos tienes llenos de curiosidad por adivinar tu secreto, y pesarosos por tu seriedad.

—Os daré gusto, me dijo, y os demostraré que no hay razon para que os cuideis de mí. He aqui mi historia: escuchad.

I.

Allá; en mi pueblo, tenia mi padre un jardin pequeño, pero tan lleno de curiosidades y deleites que no le trocaria por

esos de que tan orgulloso se muestra San Telmo. En su centro, á costa de grandes sumas y de no pocos trabajos se habia formado un estanque ó depósito de agua aprisionado y entre orillas que formaban rocas marinas coronadas y en parte cubiertas por una vegetacion riquísima de plantas, arbustos y empinados árboles. Los tallos y ramas de estos vegetales, engalanados con millares de flores y hojas se reflejaban con exactitud en las tranquilas y puras aguas del estanque, y servian de abrigo á un pintoresco ejército de pajarillos, que en constante movimiento daban poco reposo á sus alas y menos á sus árpadas lenguas. Colocados en medió del lago en miniatura de que os hablo, gracias á la refraccion de los objetos en las aguas, parecia que se hallaba uno suspendido á la mitad de un fanal inmenso, formado á uno y otro lado por el cielo y cerrado en su mitad por un brillante cinturón de flores y plantas.

Una tarde, tarde hermosa como esta, en que la naturaleza no escatimaba ninguno de sus tesoros inagotables, paseábamnos algunos amigos en un ligero esquife por nuestro estanque, estasiándonos en la contemplacion de tanta belleza como á nuestros ojos se ofrecia: todos, cual mas, cual menos, se hallaban, como yo há poco, sumidos en la contemplacion, abstraídos por completo. Quiso la suerte, sin embargo, que yo fijase la vista en un rarísimo anillo que lucía en su mano uno de mis compañeros de paseo, y no pudiendo contener mi curiosidad (lo mismo exactamente que os ocurrió á vosotros) le pregunté sencillamente que donde habia encontrado alhaja de tal rareza. Entónces, sonriendo á mi pregunta, me hizo observar en sus detalles el espectáculo que ligeramente os he descrito, me hizo ver como el cielo se reflejaba en las aguas, y como en estas parecia que rodaban las nubes, y despues me contó la historia que me propongo trasmitiros sin alterar nada absolutamente de su esencia.

II.

Tú eres jóven, me dijo, y por consiguiente dudo que te hayan hablado de mi linage y antepasados: yo lo haré bre-

vemente para mejor inteligencia de lo que te diga.

Cuando el señor Rey Don Felipe III adoptó la renombrada medida de espulsar á los moriscos, como medio seguro de evitar sublevaciones, pero mas seguro de empobrecer al pais privándole de muchos brazos útiles y de talentos no menos importantes, es sabido que algunos dominados por un gran sentimiento de amor hacia la tierra donde nacieron, supieron con astucia eludir aquella órden, y no formando parte de los infelices que primero despojaban para enviar despues á la costa y de allí al Africa, quedaron en sus hogares sinó tranquilos al menos resignados con su adversa suerte. Uno de ellos fué el primer abuelo mio de quien tengo noticia; de uno de ellos descendiendo por línea no interumpida de varón; de uno de ellos recibí, pues, en herencia á mas de la sangre, todo un caudal de tradiciones y recuerdos. Este anillo fué suyo: este anillo representa una tradicion de familia.

III.

Ya sabrás, me dijo, que el Profeta de los árabes hizo un viage á los cielos montado en su famosa yegua *El-borak*; durante él atravesó el cielo de plata, y el de acero, y llegó al incomparable de piedras preciosas donde tantos ángeles habitaban. Dos de estos, envidiosos de la dicha concedida á Mahoma asiéronse fuertemente de *El-borak*, y fueron arrastrados al argentado pero triste cielo de Henoc. De allí en rápida vertiginosa carrera pasaron al cielo de oro, donde nuestros ángeles temblaron ante el aterrador espectáculo de las venganzas divinas; pero no arrepentidos de su intento pasaron al sexto cielo, y de allí al último formado de luz divina. Los ángeles que gozaban de ventura inefable á la sombra del *granado inmortal* se conmovieron á la presencia de aquellos otros que debian morar en el tercer cielo, y llenos de celo atravesaron los mares de luz y de tinieblas, y pusieron en conocimiento de Dios el atentado. Dios lo sabia; mas esperaba á sus ángeles celosos para darles el poder suficiente á castigar á los rebeldes. En virtud de él tomaron del cielo de oro un rayo de venganza celeste y arrojándolo contra sus

dos atrevidos compañeros les hicieron rodar de cielo en cielo, hasta atravesar la region de los aires y caer en la tierra.

Ya en la tierra los dos ángeles sintieron que les dominaba el ódio y la soberbia y pensaron á su vez levantarse contra quien tan despiadado estuvo con ellos. Alzaron su vista hacia los cielos, y ellos acostumbrados á las grandezas y magnificencias de uno de los mas bellos, se sintieron heridos en su orgullo y no pudieron mirar con paciencia la bóveda azulada que sobre sus cabezas se extendía. Entonces idearon quitarle su brillantez y transparencia y, con tal fin, agitaron fuertemente sus alas, levantaron con su movimiento millares de millares de átomos que quedaron suspensos en el aire formando pardas y compactas nubes.

Al ver su obra comprendieron que habian cometido un grave pecado intentando oscurecer la gloria de Dios y sintieron que se apoderaba de ellos un terror invencible. Bajaron sus frentes hacia la tierra; cerraron los ojos para olvidar su crimen, pero las nuves habian quedado impresas en sus pupilas y las veian mecerse lentamente en los aires. Su pavor aumentó cada vez; sintieron que algo parecido al frio de la muerte se apoderaba de ellos que eran inmortales, y en aquel estado intentaron huir á donde su pecado no les persiguiese.

Y batiendo sus alas, que ya no les servian para remontarse á los cielos porque estaban heridas de la cólera divina y empapadas en las pasiones y miserias de la tierra, se dejaron resbalar por la superficie de esta y, sin darse cuenta de ello, atraídos por su destino, se internaron en las inmensas extensiones de los mares.

Lo que por ellos pasó en tales momentos es indescriptible. Si alzaban su vista á los cielos veian las nubes que levantaron, cada vez mas apiñadas y densas, cada vez mas oscuras y amenazadoras; si la volvian á la superficie del mar les ofrecía esta la imágen exacta de aquellas nubes que entónces les parecía rodaban bajo ellos en fantástico movimiento; si cerraban sus ojos se veian envueltos en una inmensa esfera que por todas partes cerraba su pecado.

Y por ello redoblaron sus movimientos, giraron inutilmente sobre las aguas, pretendieron turbar los aires y oscurecer la luz, y por último batieron furiosos la superficie de los mares.

Y como la luz no se oscurecía, y el aire volvía a su centro y tranquilas las aguas buscaban su nivel, luego que se permitían el mas leve descanso miraban en torno de ellos y veían las nubes, miraban sobre ellos y veían las nubes, miraban al fondo de las aguas y también veían las nubes, que allí, acá y acullá se juntaban, oscurecían y amenazaban estallar.

En tal extremo los dos ángeles dejaron de caminar unidos, sin darse cuenta de ello, obedeciendo acaso á su destino. El uno creció en furia, aumentó sus desesperados movimientos, desafió al poder divino, y en su desatentada soberbia, amenazó mil veces con su ira á la Potestad invisible; se atrajo sobre sí las nubes mas amenazadoras, provocó el estallido de la tempestad, y herido por el Angel de las venganzas celestes se hundió para siempre en los abismos. El otro conoció á tiempo la inmensidad de su delito y vió en todo aquel tremendo espectáculo la obra de su propia conciencia que severamente le juzgaba, depuso sus odios y rencores, se convenció de su impotencia y avergonzado de sus crímenes y arrepentido de ellos, dejó correr libremente sus lágrimas que en forma de líquidas perlas iban hiriendo la superficie de las aguas. Y mientras su compañero se atraía la tempestad, alzábanse de las olas al choque de las lágrimas blancos y ténues vapores que al extenderse por los aires en caprichosos festones eran matizados por la luz del sol con sus colores mas vivos y caprichosos. La bóveda celeste, en vez de manchada, parecía en aquel instante engalanada con sus mas vistosos adornos.

Las lágrimas fueron purificando á este ángel y haciéndole despojarse de las impurezas de la tierra, y cuando ya estuvo tan puro como lo habia sido siempre en el tiempo sin fin, vino un mensajero de Dios y colocándole sobre sí le volvió redimido á su morada primera.

A medida que se elevaba, gritaba estremecido de alegría por el presente, y de temor por su pasada desgracia: *la conciencia, la conciencia.*

Los que íbamos de paseo con el morisco no pudimos sin estremecernos mirar al fondo cristalino del agua cuya corriente rompíamos.

IV.

Hubo un momento de silencio pasado el cual continuó el morisco de esta manera.

Un antepasado de mi abuelo aprendió esta historia de labios del mismo Mahoma, y siendo, como era, un sábio renombrado y profundo en todas las ciencias concibió al oír un proyecto grandioso á cuya realizacion consagró el resto de su vida.

Se rodeó de antiguos manuscritos que leía sin cesar, encendió para no apagarlos nunca los hornillos de su laboratorio; puso en movimiento peroles y retórtas; exprimió el jugo de las plantas; observó las entrañas de los animales; fundió metales; siguió atentamente el curso de los astros; hizo cábalas sin cuento, y vió llegar el fin de sus dias cansado de su azarosa jornada en la tierra, pero satisfecho de su resultado.

Cuando la muerte colocó sobre su frente la helada mano que apaga la vida llamó á su primogénito, le contó la historia que acabais de oír, y despues le dijo que habia consagrado su vida á encontrar una lágrima del ángel y algunos átomos del polvo que con sus alas habian levantado uno y otro al caer sobre la tierra. Mi objeto se ha conseguido, exclamó, entregandole un objeto: ahí tienes engastada la lágrima en ese anillo, y confundido en su metal el polvo de que te hablé. Ahí tienes el anillo de la conciencia; á su poder no hay quien resista: el que lo ajuste á su dedo se verá como los ángeles suspendido en el centro de sus pecados, atarazado por estos, y condenado á descender con ellos á el abismo ó á regenerarse por el arrepentimiento.

Aquel anillo, nos dijo el descendiente del morisco es este que veis ¿gustais probaroslo?—Nadie le contestó: acaso no habia uno que no sintiera su presion en el dedo.

V.

Así dijo mi amigo. Durante su relacion habiamos vuelto lentamente hácia el muelle: la noche habia sucedido por com-

pleto al dia: las luces del gas brillaban por todas partes á nuestra vista: el silencio parecía sobreponerse poco á poco al ruido que no habia mucho presenciabamos.

La tristeza y seriedad del uno se trasmitió á todos con su cuento, y así es que nos encaminamos al centro de la populosa ciudad sin acordarnos de sus fiestas y placeres, y repitiendo cada uno en su interior estas palabras, *el anillo de la conciencia*.

Campillos 18 Diciembre 1875.

EN LOS SEPULCROS.

El hombre vive henchido de ilusiones desde su nacimiento hasta su muerte: no acaban con la juventud, lo que hacen es variar de forma. Y mientras el adolescente corre ciego en p6s de las imaginaciones que su corazon engendra, corre el adulto tras las fant6sticas creaciones que su inteligencia le ofrece, 6 tras los yerros acaso de la que cree ser su infalible razon.

¡Cuanto se aparta de la realidad de las cosas, y como parece gozarse en esas vanas formas que llama aspiraciones, d6seos, esperanzas! De continuo acrece el caudal de sus d6sengafios y, afectando amargo descreimiento 6 impudente escepticismo, vuelve siempre 6 labrar nuevos anhelos en la mina riquísima de sus ilusiones.

Algunas de estas son mas poderosas que las otras; podr6 en buen hora debilitar la fantasía los colores de sus cuadros; borrar6, si se quiere, imágenes 6 quienes ayer daba luminosa brillantez; pero no puede extinguir nunca los envidiados contornos de algunas supremas aspiraciones del hombre.

Este privilegio tiene la gloria, fin eterno de altas ideas, de obras nobilísimas, de sublimes sentimientos.

I.

¡Un féretro!... ¡un cadáver!... ¿Quién fué ese hombre? Ese hombre pudo acaso emular las glorias de César y Alejandro y disputar sus laureles 6 Napoleon; habré sojuzgado pueblos

inmensos, habré visto abatirse 6 sus piés mil estandartes; habré escuchado centenares de veces el alegre vocerío de la victoria; habré tambien visto correr junto sus plantas hirvientes arroyos de sangre humana. Las campanas lanzadas 6 vuelo en villas y ciudades habrán modulado en armoniosos y variados ecos su nombre; su planta no se habré posado mas que sobre flores y coronas; y hasta los salmos del templo habrán dado alabanza 6 Dios por sus triunfos. Un dia su voluntad impuso la ley al mundo: el mundo se prosternó 6 sus plantas. Mas hoy... hoy es un cadáver dentro de un féretro.

Y le sigue inmensa multitud que sufre 6 afecta sufrir amarguísima pena; van tras él los amigos, los indiferentes, los que se alzaron 6 su sombra, los que derribó con su poder, los humillados, los vencidos, todos en fin. Y todos tristes, todos pesarosos, todos entonando como en antigua *teoría* las alabanzas del difunto, y todos provistos de ramos y coronas para testimoniar con objetos materiales los afectos de sus corazones.

Una riquísima tumba se abre: en ella cae un cadáver: sobre el cadáver la losa: ¡6 Dios para siempre!

Y desfila aquella inmensa multitud; y los amigos depositan sus coronas para que anuncien al mundo que allí está la gloria; y los indiferentes las depositan porque otros lo hacen para no ser motejados; y los enemigos las depositan para cerciorarse de que el cadáver no resucita, para ver si la tumba está bien cerrada, y para dejar caer algun peso mas sobre la losa. Y como todos dejaron allí sus flores y coronas la tumba desaparece bajo la abundancia de las ofrendas.

¡Un féretro!... ¡un cadáver!... ¿Quién era ese hombre? Pudo ser un ilustre literato; su pluma arrancaría 6 la palabra quejas mas dulces y ardientes que las de Santa Teresa, conceptos mas profundos que los de Calderon, sátiras mas donosas que las de Cervantes. La poesía habré inspirado mil veces su alma; sus bellas creaciones habrán admirado al mundo; le habrán proclamado principe y rey de los ingenios; habré formado escuela, y su criterio habré sido ley de crítica y buen gusto. Pudo ser un pintor afamado que diese vida 6 inspiraciones tan sublimes como las de Murillo y Rafael. Pudo

ser algun notabilísimo escultor rival de Cánova. Pudo ser. . á que cansaros, un sacerdote de lo bello en cualquiera de sus artes, ya diese vida al blanquísimo mármol, ó ya encerrase el sentimiento dentro de los sonidos mas melodiosos.

Mirad porqué tambien le sigue la misma multitud de amigos, de envidiosos, de curiosos. Mirad porqué depositan sobre su fosa humilde tanta copia de flores, de versos de símbolos. Mirad como la fosa se oculta á la vista cubierta por las ofrendas.

¡Un féretro!... ¡un cadáver!... ¿Quién era ese hombre? Ese hombre fué un santo, y para serlo vivió enteramente la vida de la caridad. Repartió sus bienes en remedio de males materiales; y repartió su corazon en consuelos á los aflijidos. Se olvidó de sí mismo: vivió, para gloria de Dios, consagrado á su prógimo: todo era amor, ni una sola gota de hiel amargaba aquella extraordinaria naturaleza. Su nombre fué mil veces mil bendito; las piedras de su camino las ablandaron sus hermanos con lágrimas de gratitud y reconocimiento; su presencia en todas partes fué siempre seguida de una lluvia de beneficios. ¿A qué dibujároslo mas? Podeis imaginarnos sin esfuerzo el tipo de Juan de Dios que lleva á los hospitales el ardiente fuego de la caridad cristiana; el tipo de Vicente de Paul que hace de los menesterosos su mas adorada familia; el tipo de tantos héroes y mártires como la religion nos ofrece.

Por eso va tras él la misma contristada muchedumbre, compuesta de los mismos variadísimos y aún opuestos elementos; por eso le depositan con respeto en el hoyo que hicieron en la tierra; por eso tambien caen sobre ella de rodillas para entonar sentidas plegarias que interrumpen los mas tiernos sollozos y las mas sinceras lágrimas.

II.

Pasa tiempo: la tumba, la fosa, el hoyo, igualmente gloriosos, se miran menos acompañados de gentes; á la primera multitud sucede un grupo de curiosos, de historiadores, de devotos, que renuevan los laureles, traen nuevos perfumes,

ó queman oloroso incienso sobre aquellos restos venerandos. El nuevo perfume de las flores, de las alabanzas, del incienso, levanta sobre las tumbas una bellissima aureola en cuyo centro se transfiguran aquellos séres gloriosos; la Humanidad pierde de vista al hombre, al cadáver, á la tumba: solo vé aquella gratísima figura de ideales y vaporosos contornos que se cierne sobre todas las cabezas en la bóveda azulada de los cielos.

Entonces comienza el culto de la Humanidad para aquellos séres; por todas partes enciéñense aromosos pebeteros, entónanse himnos, y los mas regalados sonos van á rendirse como ofrenda alrededor de aquellos ideales.

Y, á medida que el tiempo pasa, las vaporosas transfiguradas imágenes, obedeciendo á leyes naturales, se elevan y alejan, llegan casi á perderse en la inconcebible profundidad de la creacion.

La Humanidad entonces duda de la realidad de aquellos objetos de su culto, reobra sobre sí misma, vuelve la vista á la tumba, á la fosa, á el hoyo, y mira con sorpresa que los laureles de la primera hechos menudo polvo volaron con el aire; las alabanzas de la segunda desaparecieron; y se secaron para siempre las lágrimas de amor que regaron el último.

Y la Humanidad quiere indagar mas: levanta la losa del sepulcro y no encuentra nada; abre la fosa y no encuentra nada; remueve la tierra que cerró el hoyo, y siempre nada.

¡Cruel sorpresa! ¿Sería una tradicion falsa? ¿No habría tales hombres? ¿Son un mito? ¿Son el símbolo de una edad, de una época?

Mas tarde alza la vista al Cielo en busca de aquellas figuras ideales: el Cielo le guardaba la última sorpresa: aquellas figuras se habian desvanecido para siempre.

III.

¿Qué es la gloria con relacion al tiempo infinito?

EL SUEÑO DE LA VIDA.

I.

¿No la conoceis?—Inseparable compañera vuestra á todas partes os sigue, por doquier os acompaña, no hay momento en que os desampare. Por fuerza tan misteriosa como la que enlaza el calor á la luz, la luz á la electricidad, la electricidad al magnetismo, y todos estos á los demas cuerpos en eterno y sin igual consorcio, como ordenado por Dios para lo que en el tiempo y en el espacio vive, estais para siempre á ella ligados y con ella confundidos; sus alteraciones en vosotros se reflejan, su estado es vuestro estado, su cambiar infinito es vuestro incesante mudar desde la cuna hasta el sepulcro.

¿No sabeis quien es?—Escuchad el ruido que produce la sangre que golpea vuestras arterias; observad el fluido misterioso que centellea y vibra siempre dentro de vuestros nervios; mirad esa fuerza que esparcida en vuestro cuerpo le pone en movimiento á medida de vuestra voluntad: medid ese calor que os vivifica; sorprended los inescrutables misterios de esa calma que os eleva y engrandece entre los demás seres de la creacion terrena: sangre, fuerza, calor, inteligencia, cuanto dentro y en torno vuestro mireis os repetirá su nombre; su nombre, gérmen eterno de ciencia; incentivo eterno de investigacion, eterna causa de virtud.

¿No la sentis?—Es verdad que su paso es igual y calladamente se desliza en la sucesion de los tiempos, pero á su

contacto vuestro ser unas veces adquiere mayores y mas bellas proporciones, como lozana planta que al absorber por sus poros los gases del aire, la humedad del agua, ó los calientes rayos del sol, bebe la vida, y otras por el contrario vuestro cuerpo se marchita y vuestra alma siente gastados sus resortes en la tierra, á semejanza de esas flores á quien agosta el simoun, deshoja la lluvia, ó hiere de muerte la rápida chispa de la tempestad.

¡Ah! vosotros la conoceis, vosotros sabeis quien es, vosotros sentís mejor que yo la figura que bosquejo. Su nombre lo murmura ya vuestro labio, su imágen se retrata en vuestra imaginacion, y su poderío inmenso ahora mismo que pensais en ella es reconocido por vosotros con santo respeto, con temor que os subyuga, con amor tan extraño que así se alimenta de placer intenso como del mas intenso dolor.

II.

Cada momento presenta una figura, cada una de sus figuras es un tipo, cada tipo un misterio, cada misterio una palabra de Dios pronunciada en lo infinito para que la limitacion humana no la encierre en los limites de su inteligencia. En cada fugaz instante, y los instantes son átomos del tiempo, tiene un sentir diferente; cada uno de sus sentimientos es una causa inagotable de hechos; cada hecho un mundo pequeño mas grande que la inteligencia humana. Cada uno de sus actos es la revelacion de un saber distinto, cada saber una ciencia, cada ciencia un átomo de sabiduría divina concedida en nuevo patrimonio á los hombres. Espacio, tiempo, luz, lo infinito, lo eterno, lo limitado, la creacion, la tierra, todo le ofrece en armonias inesplicables sus variados é inagotables elementos: hé aquí lo que da á conocer nuestra heroína.

Su faz es á veces hermosa con todos los variados matices que la belleza puede presentar al exteriorizarse en el cuerpo humano, y á veces tambien por no interrumpido cambio afecta los caracteres de la fealdad mas pavorosa. Su cuerpo es en tanto esbelto y elegante como palma cimbradora, y en tanto

agobiado y tembloroso como débil junco que se dobla al soplo de los aires. Su expresion abarca todos los tonos posibles entre la atractiva bondad y la severidad más repulsiva: su voz no se escucha por los oidos, sino que penetra por todos los poros del cuerpo dándole bienestar y animacion ó postrándole en el dolor y la tristeza: su vista participa de iguales cualidades; y su figura toda en su mudar incesante produce las mas extrañas y contrarias impresiones. Su peregrino ropage es la obra maestra del tiempo, y ciñéndola, sin bastardear sus formas, la presenta adornada con todos los modos infinitos de la materia desde que sufre sus primeras modificaciones para ofrecer una creacion hasta que se disgrega para volver á su ser primero vencida por los agentes físicos que sin cesar la combaten. Su imperio está dentro de lo infinito: una aureola de luz la circunda para significarlo: el límite es un símbolo. En valde agotaría mis pobres ideas para retratarla; porque ella es superior á esas mismas ideas, superior á nosotros, solo inferior á Dios.

¿No sabeis aún quien es? Yo quisiera poder trasladar á el papel con exactitud completa esta figura extraña, pero grandiosa, que vive hoy dentro de mi imaginacion; quisiera que mis palabras con exactitud fotografica pudieran dibujar en la blanca página que emborrono, los contornos singulares de mi vision, para que animados y coloridos con vuestras propias ideas, pudiérais tambien gozar en vuestro interior de su completa vista; mas mi empeño resulta inútil ante la escasez de mis fuerzas que permiten se oscurezca, tan luego como intento reflejarla al exterior, la clara luz con que tal imágen aparece iluminada dentro de mi alma.

Pero... aguardad: yo recuerdo haberla visto mas de cerca: yo recuerdo haberla hablado; haberla visto en movimiento... ah, sí...: escuchad.

III.

Era un dia eterno, un dia sin fin, cuyas horas no se contaban por la periódica aparicion de las sombras, sino por la sucesion de encantadores matices luminosos ofrecidos por

miriadas de soles en su vertiginoso girar por el espacio: el ruido incesante de los séres que bullen sobre la corteza de la tierra allí no llegaba; un silencio profundo que no se interrumpía ni aún por el silbo que producirán los astros al rasgar el éter, reinaba allí: la creacion en aquel punto se presentaba con todas las magnificencias que la constituyen y con toda la grandeza aterradora que en sí tiene, grandeza que no hay alma bien templada á quien no produzca asombro y estupor. Por acá y acullá, por todas partes soles con estensísimo cortejo de planetas ocupando espacios que abruman la imaginacion, estos soles y sus sistemas revolviéndose en órbitas incomprensibles alrededor de otros soles mayores, y aquellos monstruosos conjuntos volteando en lo infinito alrededor de otros centros en série sin fin. Dios: solo su saber infinito puede abarcar de una mirada el indescriptible espectáculo de la creacion.

En medio de ella, á la vista de ese teatro misterioso cuyas soberbias decoraciones escruta el hombre con afan incansable y con incansable paciencia, ví yo un dia no sé si con los ojos del cuerpo ó con los del alma, á ese ser misterioso que viene ocupándonos en este trabajo y que inutilmente he intentado bosquejar. Paseábase en jardín inmenso de no conocidas bellezas é invitóme á que la acompañara. Su aspecto no atraía; unas veces su encantadora belleza llenaba mi alma de amor infinito, y por el contrario otras los rasgos repugnantes que presentaba helaban mi corazon y llenaban de profundo temor á mi ser. Prevaleció, sin embargo, la poderosa fuerza que me atraía, y decidí acompañarla por los campos tan extraños como deliciosos que constituían su jardín.

Desde que se puso en movimiento, ó mejor dicho, desde que la observé en ese estado, parecióme que se transformaba, y se acentuó mucho mas el dualismo que parecía encerrarse dentro de su ser. Llevaba en la mano afilada guadaña con la cual, ya sosegadamente y con arreglado movimiento, ya con violencia, ora semejando el golpe del leñador, ora haciéndola centellear con el brillo y rapidez del rayo, segaba árboles y plantas, pequeños arbustos y menuda yerba, todo cuanto se oponía á su paso ó estaba á el alcance de su mano. En

tal momento el semblante de nuestra heroína era severo, pero tranquilo, no aparentaba obrar por instinto apasionado de destruir, sino por el contrario revelaba que cumplía una terrible pero necesaria misión. Continuamente volvía el rostro á los lugares cuya vida dejaba agostada, transformaba su faz, la iluminaba con la brillantez de una vida exuberante, sonreía llena de belleza, y bajo su influencia recobraban su lozanía los segados campos, crecían robustas las plantas, alzábanse los árboles, las flores se abrían y perfumaban el ambiente, y aquella nueva generación de seres se alimentaba consumiendo los restos de la que le precediera.

Y aconteció una escena semejante con cuantos seres animados encontramos, aves y reptiles, encantadores y bellísimos insectos de irisado ropaje, microscópicos seres que pululan por doquier y que no son, no pueden ser, el último límite de los seres, hermosos animales que utiliza el hombre ó combate sin tregua, todos, todos sufrian la suerte de aquella rica vegetación: morían al contacto de la fatídica guadaña y se reproducían al sentir el benigno soplo de mi extraña heroína. El hombre no escapaba á ley tan general; pero ¿y la humanidad? ¿y los gigantes de la creación? ¿y la creación misma?

Llegó mi osadía á tanto que no me contenté con formular esas preguntas en mi pensamiento sino que las hice categóricamente á mi conductora y se dignó contestarlas en parte con hechos y en parte solo con sus ideas.

Tomóme de la mano y caminamos largo espacio de tiempo por sendas encantadoras donde sin reposo cumplía su doble misión de crear y destruir; mas al cabo llegamos á un lugar en el que sin duda intentaba satisfacer mi curiosidad. ¿Qué ví allí? A primera vista no supe darme cuenta de lo que mis asombrados ojos admiraban: las pobladas calles de árboles y plantas apartábanse á uno y otro lado y entre ellas dejaban un anchísimo espacio cuya superficie se elevaba de las extremidades al centro. En este se levantaba un soberbio palacio cuya pintura es imposible.

Eráse un edificio de proporciones tales y tal construcción que en vano cansaríamos nuestra mente con objeto de encontrar otro que parecido le fuera: ni las construcciones mo-

nolíticas de la época prehistórica, ni las soberbias construcciones de los imperios asiáticos, ni los templos y pirámides egipcias, ni los monumentos de toda especie que como modelo nos legara la Grecia, ni las obras grandiosas y duraderas del pueblo rey, ni los templos cristianos de la edad media, ni los alcázares y castillos de la misma edad, ni los palacios encantados de los árabes, ni las ligeras creaciones de los chinos, ni las inmensas pagodas indias abiertas en la roca viva, ni las portentosas obras mejicanas del tiempo de Moteczuma, ni nada de cuanto el hombre inventó para su habitación y recreo, para sus necesidades ó el culto de sus dioses, desde la choza del indio, la tienda del árabe ó la gruta de nieve del habitante del Norte, hasta la mas artística realización del pensamiento mas sublime en arquitectura, puede compararse con el raro, misterioso, nuevo é indescribible edificio á que hacemos referencia. Allí se confundían todos los ordenes y todos los métodos: allí se encontraba junto lo sublime con lo pueril y caprichoso; allí la belleza mas extremada en algunos detalles se maridaba con la fealdad de otros: no era posible adivinar su destino atendiendo á su planta, considerando su solidez y resistencia, ni apreciando su maravilloso conjunto.

Estamos en su interior. Anchurosas vías se estienden á todos lados partiendo de una inmensa rotonda formada por haces de columnas, dispuestas en círculo, que se separan á grande altura tan airoas y ligeras formando bóvedas de combinaciones tales que nunca á espíritu humano pudieron ocurrir tan variadas, ricas y llenas de belleza. Cierra la parte superior de aquel inmenso cimborio la mas inimaginable cosa que pudiera darse, no reproducida por las artes plásticas sino real y efectiva, llena de vida y movimiento: un espacio pleno de luz y armonía, un cielo tan espléndido, tan brillante, tan rico, como el cielo que rodea la tierra; pero cielo mas limitado, como que es la techumbre de aquel palacio, cielo en donde en vez de nubes ruedan, se agrupan, se chocan, vienen y pasan generaciones.

Las galerías formadas por arcos de estructura diversa apoyados y sostenidos por columnas tan múltiples como variadas, se prolongaban en todas sus series tanto que la vista con

trabajo percibía los objetos colocados á su extremidad. Enlazabanse todas estas vias por medio de otras de manera que desde cualquier punto ofrecía el edificio un extenso, raro y prodigioso golpe de vista.

Columnas, pilastras, paredes, arcos, cornisamentos, y cuantos detalles pudieran examinarse ofrecían la misma atrevida y nueva composición: la combinación nunca vista, pero combinación bella y ordenada de cuanto el espíritu humano pudo inventar.

Bajo la espléndida y rica techumbre que en el centro hemos dicho tuviera aquel edificio, guardábase bajo ténue y luminoso fanal un corazón inmenso y lleno de vida á juzgar por los tan poderosos como regulares movimientos que en él se veían: se hallaba como suspenso en el aire, no lo sustentaba objeto alguno ni pendía de alguna parte. Multitud de luminosas estelas partían de él, atravesaban la celeste bóveda y se hundían en las profundidades de los cielos; y, al mismo tiempo, innumerables gotas de sangre continuamente se desprendían de su base y formando extenso lago constituían después ríos caudalosos de violenta corriente cuyo destino por entonces se me ocultaba.

¿Qué hacía allí, qué destino tenía aquel poderoso músculo cuyos dolores deberían ser inauditos, á juzgar por la sangre que destilaba, y cuyas esperanzas deberían ser infinitas, atendiendo á la infinita luz que con lo eterno è infinito le unía? Pequeño, insignificante para ser de Dios; inmenso para cualquier gigante aún cuando este fuera mayor que todos los dioses de las ficciones paganas: ¿á quién pertenecía? ¿qué sér era tan fuerte que sin ser Dios soportaba los crueles tormentos que su sola vista revelaba y podía resistir el anhelo incesante de una esperanza sin fin? Mis limitadas facultades nada podían ante semejantes problemas y la verdad se ocultaba por completo á mi demasiado oscura inteligencia.

Recordé entonces á mi compañera de cuya presencia me había hecho olvidar la magnitud y grandeza del espectáculo; volví la vista y la encontré á mi lado, pero radiante, llena de belleza, transfigurada si decirlo cabe, rodeada de su círculo de luz, pero con la expresión que en ella había sorprendido cuando creaba, no cuando destruía. ¡Oh! que hermosa

estaba y como se llenaba mi corazón con su amor.

—¿Qué es esto? me atreví á preguntarla.

—Estás viendo, me contestó con aquella voz que más se adivinaba que se oía, estás viendo el corazón de la Humanidad. Sus virtudes, sus nobles ideas, sus bellezas, mira como se elevan á Dios por no interrumpida vía luminosa; sus trabajos, sus miserias, sus pasiones, sus dolores, mira como gota á gota se depositan en ese lago para arrastrarse luego en la tumultuosa corriente de esos ríos. ¿No querías saber si mi extraño poder á la Humanidad alcanzaba? Pues vé ahí como ese fanal tan ténue en la apariencia la defiende de mí: ese fanal representa los efectos de la voluntad omnipotente de Dios. El hombre y sus obras me pertenecen: la Humanidad está defendida por Dios.

Nada más dijo; pero sus palabras abstraían por completo mis facultades, lanzándolas en la imposible averiguación de otros mil problemas que de ese primero surgen. El origen de la Humanidad, su modo de ser, su fin y su destino, fueron otras tantas cuestiones que abismaron mi alma en los insondables misterios de la humana ciencia.

Después sentí que mi extraña acompañante me arrebataba y que ambos éramos arrebatados por las sangrientas ondas de uno de aquellos ríos que del corazón nacían. El espacio sin límite, apareció de nuevo á mi vista; las riquezas de la vegetación por doquier se desplegaron de nuevo; y llegamos por último á donde crecían unos árboles corpulentos sobre toda ponderación y tan frondosos que escedían á cuanto pudiera imaginarse. Al pie de ellos se reunían cuantos ríos nacieran del corazón de la Humanidad, y todos empapando la tierra, eran necesarios para el sustento de aquellos gigantes árboles.

—Aquí tienes, me dijo mi compañera, el producto de los afanes y de los trabajos de la Humanidad, y el producto de las enseñanzas que de sus propios dolores saca, Mira aquí su ciencia, decía señalando los árboles, allí sus religiones, en este lado su justicia, más allá su arte, su industria, su comercio, su educación, su vida toda. Mientras aquel corazón defendido por Dios aliente, y mientras de él se des-

prenda esta fertilizante savia, estos árboles vivirán y crecerán desafiando en parte mi poder.

Y como si esta última idea lastimara á mi guia misterioso, transformóse de nuevo en aquel doble ser que al principio dibujamos, lució de nuevo en su mano la fatal guadaña, y dirigiéndose á aquellos árboles comenzaron á caer troncos y ramas, flores y frutos, mientras otros nuevos aparecían con desusado vigor y fuerza. Y con asombro ví en cada trozo de aquellos árboles al separarse de ellos, una idea cuya falsedad se habia demostrado, un sistema filosófico que moria, una religion que se apagaba, una injusticia, un error, una falta, un crimen, un pecado, una de tantas limitaciones ó imperfecciones como la humana vida combaten. ¿Qué serían aquellos nuevos frutos que á los antiguos sucedían? ¡Quién lo sabe!

Prácticamente vi, pues, demostrado el poder de mi compañera sobre aquellas obras, creaciones ó fines del hombre; pero me restaba algo por saber de lo que primeramente habia preguntado.

¿Estarian los mundos que componen la creacion sujetos al mismo poder?

Yo repetí mi pregunta alentado por el éxito de las anteriores, é inmediatamente sentí que cambiábamos de rumbo. Los encantadores jardines por donde habiamos vagado desaparecieron otra vez de nuestra vista y nos engolfamos por las tortuosas sendas que aparecian labradas en las mas fragosas montañas. Allí mismo, las rocas todas, incluso el granito, se convertían en polvo finísimo al contacto de la destructora guadaña de mi compañera, y este mismo polvo trocábase mas lejos en nuevos terrenos y en montañas nuevas.

Llegamos por último á la cúspide, volvimos a encontrarnos en medio de la creacion, alumbrados por un dia sin fin, y envueltos en un silencio que no turba ni aún el vertiginoso girar de los astros sobre sus ejes de diamante.

Engrandecióse aún mas aquella figura extraña poniéndose á la altura del espectáculo que descubriámos; agitó su fatal instrumento, y muchos astros palidieron, se apagaron, estallaron en el éter, y se convirtieron en menudo polvo; mientras por otra parte y gracias á la benéfica influencia de aquel sér,

reuniáse la materia cósmica en nubes colosales de las que bien pronto se desprendian los radiantes fulgores de nuevos astros.

Y mientras tanto el resto de la creacion permanecía impasible; infinitos soles con su cortejo de planetas ocupaban estensísimos espacios, revolviéndose en órbitas incomprensibles; giraban alrededor de otros soles mayores, y aquellos monstruosos conjuntos volteaban alrededor de otros centros en série sin fin.

El alma se abrumaba y aniquilaba: mi sér desaparecía en la creacion.

¿Y á esta en su conjunto alcanzaría el poder del sér que nos ocupa?

Traté de preguntarlo; mas mis fuerzas estaban agotadas. Recliné mi cabeza sobre el pecho de mi compañera: sentí que un amor intensísimo hacia ella se apoderaba de mí. Despues una impresion indefinible se estendió rápidamente por mi sér: heló mi cuerpo y apagó para siempre las fuerzas terrenas de mi alma.

.....

Todo fué un sueño.

Soñé que *la muerte* era un aspecto, una forma de la vida.

Soñé que habia visto á *la vida*.

¿Habrá en mi sueño algo de verdad?

¡Quién podrá juzgarlo!

Campillos 27 de Febrero de 1876.

LA PUÑALADA.

Ella cruza en este momento por una de las mas populosas calles de la ciudad. Su aspecto, sus maneras, su *aire* es incitante; dijérase que foco de ardientes y poderosas sensaciones no podia evitar que se reflejaran al exterior. Su morena y fina epidermis se hace visible en unas manos pequeñas y dotadas de graciosos movimientos; en un rostro *que habla*, y en el *que* la irregularidad de las facciones se suple ventajosamente con la viveza y picarezca animacion de los gestos; y en un *cuello* cuya suave redondez se dilata y estiende hasta dejar adivinar la morbidez de un provocativo seno. Su abundoso y negrísimo cabello se revuelve en ondas y bucles sobre su cabeza y apenas si entre sus rizos permite que se asomen algunas frescas y brillantes flores acabadas de arrancar del búcaro que las criara. Ciñe su talle cumplido y rico pañolon, y bajo él en pliegues amplos descuégase hasta arrastrar por el suelo, en onda cadenciosa que nace en las cadéras, un limpio vestido de percal, testimonio evidente de aseo y pulcritud. Si no acertais á conocerla ¿que mas podré decir?

No es una inmundada cortesana: para serlo le falta la impudente provocacion, el cinismo que hiere y afrenta á la moral pública y á los corazones honrados; le falta el desvergonzado alarde del vicio; le falta esa poderosa marca que arrebatando el pudor á las mejillas, escribe en la frente de las impuras con profundos caractéres la sentencia que las arroja como una vil mercancía en el mercado de los vicios. No es tampoco

la muger honrada que concebimos como ideal de nuestro hogar: para serlo sóbrale sensacion mal disimulada, malicia mal reprimida, provocacion de cuyo alcance apenas se dará cuenta. ¿Quién será, pues?

Es un ser moral híbrido, si me permitís la frase; un corazon bellissimo, organizado para todo lo bueno, grande y noble, templado hasta para el heroismo, acariciado en su niñez por tradiciones y oraciones religiosas, y conmovido por bizarros y populares relatos de glorias nacionales y de aventuras extraordinarias; pero desviado de su camino por el contacto diario y la vista constante del vicio; solicitado por los atractivos de mágicas locuras semejantes en algo á los cuentos que le relataron en su niñez; y olvidado cada dia de aquel Dios á quien adoraba porque sobre él y sobre su adoracion cada dia tambien estiende un velo nuevo la ignorancia y la insinuacion del vicio. *Ella*, pues, está en medio de la muger honrada y de la meretriz; pero está en medio vacilando y oscilando para caer casi siempre del lado de la última, porque de ese lado son para ella mas poderosas y menos combatidas las atracciones.

.....

 Trás *ella*, devorando mas bien que acortando la distancia podemos distinguir á *él*.

Él es ese que veis con pantalon ceñido, estrecha faja, chaleco abierto y redonda chaquetilla; ese que parece imitar el vestido y maneras de un torero; ese que cubre su cabeza con ancho sombrero y oprime su pié dentro de unos botillos que son prodigio de calados, sobrepuestos y respunte. Es mas bien bajo que alto, delgado mas bien que grueso, ágil, flexible, ligero, tanto que nos parece oír el repiqueteo de sus tacones al compás de una guitarra. Su color es indefinible; sin tanta sombra sería blanco, sin tanta palidéz sería moreno; es una mezcla de sombra y palidéz, de la palidéz del vicio y de la sombra del crimen. Si se descubre le vereis cuidadosamente peinado, ni un solo cabello se levanta mas alto que otro en aquella terca superficie negra, separada en su mitad por una línea blanca y adornada en los lados con dos largos mechones que á guisa de cuernos caen sobre las

sienes y parte de la frente. ¿Le conoceis? Sin duda alguna.

A *él* no es posible confundirlo; es esa planta enfermiza pero peligrosa que nace muchas veces del acaso, se nutre casi siempre de la caridad en sus primeros dias, y se arraiga mas tarde en tabernas y garitos, hasta que muere envenenado por sus propios frutos. Tiene atrofiado el corazon, secas las fuentes del sentimiento, agotados los manantiales de donde fluyen las nobles acciones. Su alma es un campo sin sol, donde crecen sombriamente lozanas las plantas mas hediondas y ponzoñosas. No se acuerda del pasado, no le inquieta el porvenir, el presente lo sintetiza, en una palabra: gozar. Mirad por qué tiene ese aspecto desvergonzado é insolente; por qué esa sonrisa despreciativa que hace daño; por qué esa volubilidad y afeminacion.

.....

Ella ha vuelto casualmente la cabeza y al verlo no ha podido disimular del todo una verdadera impresion de miedo. *Él* la ha sonreido de una manera que tiene algo de terrible, algo que hiela la sangre y paraliza su circulacion. *Ella* no se ha detenido, antes parece que aguija su marcha secreto temor. *Él* la imita y ambos al fin dan en una casa pobre de un apartado barrio. Apenas si la pobre muger concluye de arrojar en una silla el manton que ceñia su talle cuando junto á ella aparece con la misma imponente sonrisa su misterioso seguidor.—¿Qué te tenía dicho? se oye que le pregunta. Y entonces es de ver como la interpelada hace uso de todos los recursos femeniles para desenojar á quien parece tener motivo y derecho para estar enojado. Súplicas, ruegos, caricias rechazadas, las frases mas ardientes, las inflexiones de voz mas dulces y atractivas, todo con rapidez, con arte, con calor fué puesto en práctica sin que un músculo siquiera se alterase en el verdoso rostro del amante. El corazon hizo adivinar á la infeliz el peligro que corría desde que habia concluido su influencia sobre aquel hombre, y al adivinarlo sintió algo extraño que trocaba en palidéz sus colores, en frio el fuego de su alma, y en dolorosa opresion el rápido latir de sus arterias. *Él* se acercó á ella lenta y pausadamente pero demudado el rostro y desencajado el semblante

dentro de aquella aparente y sombría quietud; apoyó una mano en el hombro de ella y le preguntó con voz seca y apagada.—¿De dónde vienes? ¿con quién has estado? *Ella* no pudo contestar. Al contacto de la mano y á la impresion de la pregunta asomó á su rostro la imágen del espanto; sus ojos parecian extraviados y palpitaban irregularmente dentro de sus órbitas para fijarse despues de una manera vaga pero insistente en *él*; sus mejillas palidieron, adelgazarónse sus lábios al secarse con el calor de la mas anhelosa respiracion, y su pecho parecia que iba á romperse á los golpes poderosos de la sangre; quiso hablar, pero sus fauces se negaron á ello; quería llorar y no encontraba contracciones en su corazon, ni lágrimas en sus ojos: no pudo la pobre mas que revolverse en su cruel y suprema angustia.

Pasó un segundo, dos... se oian las respiraciones. *Él* que en vano aguardó respuesta sintió zumbiar en sus oidos las pullas de la taberna, se vió burlado y contrariado en sus apetitos, le pareció que le humillaban en su soberbia de jaqueton, y dejó que todos sus vicios, sus malos instintos y perversas inclinaciones se revolvieran dentro de su pecho, subieran á su cerebro y descomponiendo su semblante pintaran en él los abominables rasgos del crimen. Una nube de sangre debió oscurecer sus ojos, cuando trémulo, convulso, aferrado con la mano izquierda el hombro de su víctima, alzó la derecha armada de un cuchillo. Un grito inesplicable, sobrenatural, poderosísimo, se escapó del pecho de *ella*; el arma terrible vibró en el aire; se oyó un golpe seco, algo como el crujido de la piel que se rompe; despues un cuerpo que se desplomaba y rodó en el suelo; despues... nada.

.....

Él dejó escapar el cuchillo y quedó como petrificado de terror ante su obra; la sangre que brotaba de aquel pecho poco antes lleno de vida, diríase que habia magnetizado su mirada.

Cuando *él* pudo reflexionar, otra mano poderosa se habia posado sobre su hombro; pero no pareció extremecerse mucho á su contacto. Aquella mano era la de la Justicia.

Al volverse para seguirla se encontró con varias matronas

que ó lloraban ó se cubrían el rostro con las manos. Quedóse mirándolas de hito en hito, y con cínico desparpajo se encogió de hombros diciendo: «no las conozco.»

Aquellas enlutadas figuras eran la Moral, la Religion y la Educacion; las primeras lloraban, esta ocultaba su semblante.

¡Ay de la sociedad donde esas ideas se olvidan y se desprecian!

Campillos 23 Diciembre 1876.

UNA VISION.

Era una de esas noches de invierno, larga, como la senda á cuyo fin dibujamos una ilusion, oscura, como el espíritu donde no brilla la luz de la inteligencia, fria, como el corazón que los sentimientos no abrigan, silenciosa, como si la enmudeciera la imágen de la muerte. Por milagro si tras largos momentos en que distintamente se oía el martilleo de mi sangre dentro de mi prision vascular, una ligera ráfaga de viento modulaba un sonido, levemente quejumbroso, en las maderas de la ventana; sonido contestado á lo lejos ya por el acompasado eco de una campana ó ya por el graznido de alguna ave nocturna. Esto era todo.

Un modesto quinqué colocado sobre mi mesa y adornado con pantalla, trazaba un círculo brillante sobre libros y desordenados papeles, mientras que el resto de la habitacion se distinguía iluminado por una dulce luz difusa. Yo estaba sentado ante aquella mesa, apoyados en ella mis codos, y en mis manos la fébril y ardorosa frente. Mis ojos se fijaban en un libro que abierto descansaba sobre el bufete mismo, y periódicamente una de mis manos dejaba su postura para volverla á recobrar despues de vuelta una hoja.

Aquellas páginas, con encantador estilo y profunda ciencia, con plan y método admirables, con arte bellissimo en el desarrollo, me iban contando, describiendo y dibujando la por demás interesante, grande y maravillosa historia de la Humanidad. Algunas de las ideas, que sorprendia en el libro,

acaloraban mi mente, y no de otro modo que el amor divino suspende y eleva á las almas que templa, así la mía cayó en contemplativo éxtasis. Estuviéronse quedas mis manos pesando mas sobre ellas mi cabeza, quedaron fijos mis ojos en el abierto libro; pero ya la luz no dibujaba las imágenes en mí pupila, ni mi cerebro acudia á esta para preguntarle por las ideas estampadas en negras líneas sobre las nitidas hojas.

*
* *

Primero atravesaron el cielo de mi imaginacion densas y oscuras nubes en cúmulos imponentes que se sucedian unos á otros en torbellino y revolucion inacabable. Mas tarde una luz ténue iluminó aquellos vapores. Despues las brillantes y espléndidas tintas del prisma esmaltaron aquellas gasas que flotaban y se replegaban unas sobre otras hasta disiparse y perderse dejando en plena luz el campo ilimitado de mi imaginacion. En su fondo, diáfano, transparente, pero intensamente luminoso, comenzaron á dibujarse los contornos de una criatura admirable, prodigiosa, sobrenatural. Apoyada en espacios cuyos abismos mi vista no alcanzaba á sondear, erguiase con hermosura y gracia inimitables, y en las mas remotas extensiones hundía su cabeza coronada por las mas brillantes y ricas estrellas del espacio. Su vestido componíale el brillante polvo de las lejanas nebulosas y sus movimientos se imprimian como ondulaciones en el éter que baña el universo. Ardía en su pecho con fuego vivísimo el calor de la vida, brillaban sus ojos con la luz intensa que anima el caos, temblaban en sus manos las corrientes poderosas de la electricidad, y en vez de palabras fluían de sus labios raudales magnéticos que atraían á los séres con la fuerza irresistible que el átomo de hierro es atraído por la corriente imantada. ¡Ah, y como son pobres las palabras, mezquinas las frases, é insuficientes las imagenes para dar idea de aquella gran realidad! ¡Ah, y cuán grande é infinita era! ¡Ah, y cuán infinitamente bella!

¿Sería ilusion de mis sentidos ó realidad un nuevo fenómeno que observaba? Aquella jigantesca creacion iba reco-

giendo sus limites, á la manera que acontece por ilusion óptica cuando un objeto se aleja de nuestra vista, y se achicaba mas y mas, pero conservando su figura y, sobre todo, su belleza que enamoraba, su calor que daba vida, su luz que daba formas, sus fluidos que penetraban y atraian los cuerpos.

Y continuaba reduciéndose; y siempre igual á sí misma. Y se hacía mas pequeña que el grano de arena, conservando sus formas y cualidades. Y disminuía, aún, hasta poder caer como en profundo y anchuroso abismo en un taladro que se hiciese en el grano de arena; y persistía en conservar todo su ser. Y todavia se achicaba tanto que en el momento anterior pudiera considerarse infinitamente grande, y la imaginacion sobrecogida de estupor, del espanto de lo maravilloso, la veia siempre hermosa y llena de vida, de luz y de calor.

Perdíala entonces de vista el alma; pero muy luego volvía á reaparecer brillando siempre; y entonces, crecía, aumentaba, se hacia jigantesca, infinita, absorbía los espacios, crecía siempre, y se perdía en los senos inesplorados é inagotables de las mas profundísimas extensiones, sin perder un instante su esencia, ni su bellísima forma.

Locura insigne sería querer fijar en la palabra, la vida, la realidad, el sér y sus mudanzas, sus séries sin fin, sus leyes y su esencia.

*
* *

¡Cuadro esplendoroso y lleno de vida el que mi imaginacion me presentaba y acabo de bosquejar! ¡que de extraño tiene que absorviera mis sentidos y borrara por un instante de mi vista los objetos exteriores!

Pero aquella singular figura no se dibujaba sola en el campo de mi imaginacion. A su lado habia otra no menos digna de que la observemos é intentemos dar á conocer.

Era un hombre, un anciano cuya larga y amplia túnica parecía recordar de algun modo las vestiduras sacerdotales de los primeros tiempos y pueblos de la historia; pero que sin embargo por extraña intuicion se adivinaba que era algo

mas que un sacerdote, que su sér comprendia algo mas que una casta, una clase, ó una raza. Hallábase sentado, próximo á la primera figura de que nos ocupamos, y bien pronto se descubria que no á el acaso se inclinaba sobre el pecho su cabeza, ni en vano sus ojos seguían una direccion dada. Aquella cabeza cuyos contornos ofrecían modelos de lineas esculturales, cuyos detalles eran perfectísimos y acabados, y cuyo todo de nobilísima hermosura coronaban esos cabellos blancos que son la cándida corona de la sabiduría y la experiencia, se hallaba naturalmente inclinada hacia un objeto que lucía en la mano del anciano: era un espejo.

Mirad ahora á nuestro hombre: sale de su meditacion; frótase los ojos; limpia cuidadosamente con los pliegues de su traje la pulimentada superficie donde observa; y poco á poco su rostro se anima, sus ojos brillan, con nuevo y poderoso brillo, y sus lábios dibujan una ligera sonrisa que anuncia su interior satisfaccion, como el jugueteo de los peces se nos anuncia por ese ligero rizamiento que imprimen á la tranquila superficie de un lago. ¿Qué era ello? Aquella creacion poderosísima, aquel sér sobre humanamente bello y portentoso que antes vimos, reducido en sus límites, había reflejado su imágen en el espejo, imágen que debilitada y privada de gran parte de su fuerza, se ofrecía como el retrato de una muger soberanamente encantadora por lo perfecta; una muger de rostro admirable, de riquísimo seno, de líneas provocadoras, envuelta en pliegues de luz, coronada de flores brillantísimas; una muger cuyos ojos lucían con divina inteligencia; cuyo pecho se alzaba á el abrigo del calor fecundo; cuyas manos separaban y ordenaban; cuya boca atraía con el encanto de los mas regalados sonidos.

El anciano, de la sorpresa y el extásis, pasó á el mas loco entusiasmo: sus ojos abrazaban el espejo, como si le dijeran cuanto era el poderoso sentimiento que les inspiraba; despues cubría de besos aquella imágen, estrechaba entre sus brazos el fugaz espectro, saltaba, reía, volvía á sentarse y admiraba una vez y dos y ciento, aquello mismo que acababa de admirar. Despues, algun movimiento de la imágen que de nuevo se dilataba y agrandaba ó no sé que otra circunstancia tornó triste al meditabundo viejo, y tras de la

tristeza se sucedió sin intervalo el cuidado, la sorpresa, el miedo, y sin soltar el espejo cayó de rodillas, y suplicó y adoró á la imágen, poniéndola en su imaginacion tan alta como altos se ponen á los dióses.

¿Cuánto duró aquello? No sé. A veces parecía que una idea repentina movía la mano del anciano para apartar de sí el espejo, pero muy luego volvía á él con nuevos brios y pasaba por todas las fases del sentimiento que antes hemos dicho. Una vez, sin embargo, sobre aquella tersa superficie, sobre aquella imágen, se dibujaron dos barras negras que se cruzaron en forma de afrentoso patíbulo: el espejo se desprendió de la mano que lo sostenía, y rodó á los abismos para nunca mas volver á ser hallado: las dos figuras que bosquejamos continuaban en su lugar.

*
* *

El anciano siempre era el mismo, pero sus vestidos se habían metamorfoseado: diríase que ahora le cubria la túnica del penitente ó del monge. Su espalda estaba vuelta á la primera y brillante figura; acaso ahora odiaba en su interior aquella vision á quien tanto había adorado. Su cabeza también había cambiado de posicion; erguiase ahora sobre su cuello echada un poco atrás, y sus ojos miraban con afan insaciable hacia los mas altos y remotos espacios de los cielos. En aquellas profundidades forjaban su imaginacion un nuevo ídolo que contrastase con el anterior; vestíalo de sutilísimos é impalpables vapores; dábale cuerpo con espíritus sutilísimos; y animábale con ideas aún mas sutiles é impalpables. Allá se veía como una sombra, de indeterminadas formas y contornos aún mas indeterminados.

Pero no en valde había visto el anciano la primera imágen: á su pesar la recordaba, y á su pesar también dibujaba sus contornos en aquella misma creacion ideal que ahora adoraba. Entónces se sentía presa del mas grande pavor, quería arrancarse los ojos, odiaba su cuerpo, hubiera arrojado lejos de sí hasta su memoria. Mesábase los cabellos, hacía oracion, y

con temblor convulsivo miraba la tumba que se abría á su lado. ¿Qué pasaba por él? Sería indescriptible.

Por último, como si en dos mitades pudiera dividirse, puso su alma toda en la mirada, y su mirada entera en aquella celestial vision á quien enviaba su espíritu: su odiado cuerpo comenzó á precipitarse en el sepulcro, á reducirlo á la nada, á aniquilarlo.

Un movimiento natural de aquella estropeada naturaleza, en el momento mismo en que ya iba á caer sobre ella la losa del sepulcro, le volvió de frente á la portentosa figura de que primero nos hemos ocupado. Un grito de salvacion se escapó del pecho del anciano: saltó lejos del horrible lugar en que se aprisionaba, y loco, delirante, no se atrevia á dar crédito á sus ojos ni á las imágenes que le ofrecian.

*
* *

El anciano seguia siendo el mismo, pero su trage habia variado nuevamente: era ahora verdaderamente indefinible: acaso algun dia no lo sea.

Ante el sér que á su vista tenia sintióse penetrado de nueva y exuberante vida; sintió renacer en su pecho los mas dulces sentimientos; le animaron los deseos mas nobles; y le pareció conocer las cosas en mas justo y verdadero valor.

Cosa admirable: en la creacion que ante él se alzaba veia la querida imágen del espejo, pero si bien la adoraba siempre no sentia que le inspirase concuspicentes pensamientos. Veia tambien en la misma creacion la ideal sombra que despues adorara, y sin dejar de quererla, ya no aborrecía tampoco á su cuerpo, ni sentia aquel profundo ódio hacia el que le hizo encerrarlo en una tumba.

Las dos opuestas tendencias que le habian combatido encontraban una fórmula para armonizarse en la esplendorosa vision que ahora estudiaba, y por eso con afan y curiosidad insaciable pretendía averiguar desde el todo á las partes cuanto en esencia, leyes y forma constituia aquel sér admirable. Tarea era infinita, pero apropiada á la naturaleza del hombre que así se mejoraba y perfeccionaba.

Aquel anciano con los ojos de la razon, no con los de la carne, veia mas allá de aquel cuadro, rodeándole por todas partes, compenetrándolo, sosteniéndolo, otro sér aún mas poderoso, infinitamente poderoso, en quien todas las cualidades, la esencia toda se realiza de un modo absoluto.

Y es que el culto de la naturaleza en los primeros tiempos, y el del espíritu en los posteriores han preparado el conocimiento de la verdad, y del Sér. La idea verdadera de Dios flota sobre la ciencia nueva engrandeciéndola, dirigiéndola, y haciéndola fructifera. Esa idea prepara el reinado mas completo posible del bien sobre la tierra. Y la aspiracion al bien realizado mediante la ley del progreso resume la historia de la Humanidad en este mundo.

*
* *

Volví á encontrarme delante de mi mesa. Pasé una mano por mi frente para apartar los girones de pintada gasa que volvian á flotar en mi imaginacion: miré el libro que abierto tenia ante mis ojos, y volvieron á encadenarse sus ideas en mi cerebro todo el tiempo que duró el estudio.

20 de Junio de 1877.

PENSAMIENTOS.

El hombre no cree comprender en sí nada absoluto, y sin embargo cree conocer leyes absolutas: el hombre, cree p. ej., que es absoluta la fórmula de ley de gravitación.

La ley de gravitación es absoluta; su fórmula no lo es.

La fórmula conocida de la ley de gravitación es la de la *via láctea*: cada nebulosa tiene la suya, que depende de la forma de la nebulosa, y de otras causas que nos son desconocidas.

*
* *

La muger atesora tres cualidades: fé, belleza y cariño. ¿Porqué se envuelve con velos? Descubrid el de la cabeza; superficialidad; el del pecho: volubilidad; el de sus piés: ligereza. Un nuevo dato que ofrece la ley de las compensaciones.

*
* *

El cerebro de un sábio es una máquina de guerra que se carga con ideas.

Cuando la carga es suficiente el cerebro les abre paso y los proyectiles recorren el espacio: siempre dan en un blanco.

En el campo de batalla de la Ciencia no hay mas armas que cerebros, ni mas proyectiles que ideas.

Las ideas matan las formas que pasaron: este es el campo enemigo.

Las ideas crean y defienden nuevas formas: estas son su patria.

*
* *

El cerebro de las medianías es un plano de refracción de las ideas de los sábios: de él salen en otras direcciones, divididas, modificadas, acaso desnaturalizadas.

*
* *

El cerebro de las nulidades es el saco de arena colocado en sus trincheras por la ignorancia ó la tradición: allí dan los tiros que se embotan ó se pierden.

*
* *

La vida es un término medio entre la ilusión y el desengaño, entre la esperanza y la realidad, entre lo que será y lo que es.

La vida es la llama del hogar que brilla y dá calor consumiendo al sér que la produce y manteniéndose entre el humo de la ilusión y la ceniza del desengaño.

*
* *

El amor tiene tres tiempos: en el primero une las almas; en el segundo, almas y cuerpos; en el tercero, cuerpos solamente: despues, ya no hay amor.

En el primer tiempo le engendra la poesía, en el segundo la razón, en el tercero el instinto.

En el primero produce la belleza, en el segundo el bien, en el tercero, nada.

*
* *

Entre los hombres de letras suele haberlos de dos clases:

los unos, como ciertas minas, producen diamantes; los otros, como ciertos talleres, dan pulimento á los diamantes que otros encontraron.

*
* *

En los jardines del espíritu reina la muger durante la primavera: el hombre durante el otoño.

*
* *

Nacer es morir: morir es nacer. Se nace á una nueva vida; se muere para la antigua: cuestion de tiempo.

*
* *

Cuando en la tierra destrocen tu corazon, levántate sobre tu corazon y sobre la tierra. En el hombre hay algo que no se hiere nunca: allí reside el consuelo.

*
* *

En el corazon viven acomodados cuatro vecinos, por eso tiene cuatro habitaciones: en la primera, el amor; en la segunda, la caridad; en la tercera, el honor, y en la cuarta, la amistad.

A la puerta del amor aguarda sentado el odio; á la de la caridad, el egoismo; á la del honor, la bajeza; á la de la amistad, la traicion.

Las puertas del corazon deben guardarse.

*
* *

Lo pasado es el gran cementerio de la vida: el tiempo es la fosa comun: la historia, la sepultura de los distinguidos.

*
* *

No todas las lágrimas que se vierten son iguales: las del

amigo son una gota de sal que nos impresiona con su amargura; las de la querida son una gota de rocío que nos fascina reflejando los colores mas brillantes del prisma; las de la madre son diamantes que con su dureza rasgan nuestro corazon.

Las lágrimas del amigo, se disuelven; las de la querida, se evaporan; las de la madre, son eternas.

*
* *

Hacer el bien por el bien es sembrar en el campo siempre fértil de la razon: hacer el bien por otro móvil, es arrojar una semilla en el campo cenagoso del egoismo.

LA JOYA REAL.

Érase un rey que tenía tres hijos y los amaba como suelen amar á sus hijos los que no son reyes. Este amor le causaba, sin embargo, la mas cruel amargura que jamás sintiera monarca alguno: él á quien sus vasallos respetaban y adoraban, él á quien sus vecinos consideraban, él á quien habia sonreido la fortuna en la guerra y el acierto en la paz, se veía mortificado por su mismo corazon, por el sentimiento que entre todos los sentimientos mas grato podia serle.

¿Qué nube, decian sus cortesanos, oscurece la plácida luz que siempre despidiera la frente de nuestro señor?

¿Qué espíritu maligno seca en sus labios la sonrisa, marchitándolos como se marchita la flor mas gallarda en los dias calurosos del estío?

¿Qué fuerza inclina su cabeza cual si fuera templado acero que cede á la presion?

La mirada brillante de su rostro no es ya semejante á la luz que irradia el hermoso Júpiter, sino que parece un rayo tomado en el triste y macilento Saturno.

Su palabra que fué sonora y ardiente, es ahora lenta y apagada, casi un gemido que revela lo que en su alma acontece.

Hasta las fuerzas parece que le abandonaron. No cruza ya los valles, ni trepa por los cerros persiguiendo una hermosa pieza de montería, ni oprime ágil los hijares de su fogoso caballo, ni adiestra su brazo una vez mas en el manejo de

sus armas: está sentado en muelles cogines, cuelga uno de sus brazos abandonado, y su cuerpo se inclina para descansar en el otro.

¿Por qué; dicen los palaciegos, no se escucha el ruido de las fiestas, y trocose en eterno silencio el bullir de las alegres zambras?

Y cada cual pensaba una cosa distinta, y decian lo que pensaban, y se daban aire de haber penetrado el misterio y averiguado el secreto del Rey. Ninguno, con todo, dió en mirar hácia el corazon del padre: todos miraron á las conveniencias del soberano.

*
* *

¿Qué pasa en la mansion real?

Cortesanos, y palaciegos, dignatarios y ministros, nobles y magistrados, cuantos componen la córte, ó gobiernan ó valen se cruzan y encuentran, bullen y se apresuran, cuchichean, se reunen, vuelven á partir, y tienen en continuo movimiento aquella mansion antes tan sosegada.

Una palabra ha producido todo aquel efecto: el rey ha convocado su consejo; los príncipes están con su padre; el misterio de la tristeza real vá á saberse.

Con efecto, cuando todos estuvieron reunidos y cada uno en su puesto, el rey les dijo:

«Mis vasallos: el término de mi vida se acerca, siento que el espíritu me abandona, y antes de que suceda, vuestro porvenir y el de mis hijos me roba el pensamiento.

Ya sabeis que puedo ceñir, segun mi voluntad y libremente, la corona á las sienes de cualquiera de ellos; ya sabeis que la corona no puede partirse, que si pudiera, hiciérala tres pedazos y á cada cual le diera el suyo. Pues bien, los amo tanto que no hago uso de mi facultad, porque al designar al uno, la suerte de los otros dos me desgarraría el alma.

Decidme ¿quién quereis que sea vuestro soberano, luego que yo falte?»

Al formular esta pregunta la voz del rey adquirió su an-

tiguo brio, é hizo que los ecos resonaran sus palabras.

Un silencio profundo se siguió despues.

El rey se tornó mas sério y triste.

—¿No me contestais? volvió á interrogar.

El eco repitió sus palabras; pero entre los congregados, un nuevo y mas profundo silencio fué la respuesta. Aquellos personajes sentian pavor ante la resolucion del problema que tan sencillamente se les habia propuesto, y sentian pavor porque adivinaban las consecuencias que una resolucion cualquiera les pudiera acarrear.

El rey se fué poniendo torvo: aquella inespérada contrariedad le exasperaba; así es que volvió mas bien á gritar que á decir:

—Yo os mando que me contesteis: ¿será mi hijo mayor quien me suceda? Es fuerte como el mas poderoso guerrero, ágil y ligero como un corcel de la Arabia, prudente y sábio, como el mas sábio y anciano de vosotros. ¿Le quereis por mi sucesor?

Uno se levantó y con voz apenas perceptible hubo de contestar.—Sí, si vos le designais.

—No es eso, gritaba el rey, ¿por ventura deseais á mi hijo segundo que es hermoso como el dios mas bello de los gentiles, y que en nada desmerece de sus hermanos, en cuanto á sus otras prendas? ¿Le quereis?

—Sí, le contestó otro, si vos le nombráis.

—¡Ah!, decia el rey, no quiero suponer que os revelais contra mis mandatos, no quiero creer que en vez de vasallos fieles haya entre vosotros traidores. Creo adivinar vuestro pensamiento. Quereis á mi hijo menor, que es débil como un frágil junco, y que no es tan bravo y hermoso como sus hermanos. ¿Le elegís por vuestro rey para cuando yo muera?

—Sí, volvieron á contestarle, sí, si vuestra voluntad es esa.

El rey entónces se revolvió sañudo contra sus cortesanos, les increpó duramente, les rogó, les amenazó, pero todo en valde: arrojaron con valor la tempestad que azotaba el alma del rey y no se inclinaron á ninguno de sus hijos.

Entónces aquel padre se volvió á estos, mirólos con cariño, recordó á el uno que era su apoyo, á el otro que era su alegría, á el otro que era su buen espíritu; dijóles que

juntos los tenía en lo mas encerrado de sus entrañas, y por su cariño inmenso, y por la memoria de su madre les rogó que se pusiesen de acuerdo y que ellos designasen el nuevo rey.

Los tres hermanos, rápidamente, sin ponerse de acuerdo, se arrodillaron á los piés de su padre, besaron la fimbria de su túnica, y con la cabeza humillada demandaron perdon para su desobediencia: tampoco eligieron.

Sintióse entónces algo difícil y molesto, una sensacion penosa, la misma que se siente en todas las situaciones imposibles de resolver; el aire no bastaba á calmar la ansiedad de los pulmones; y todos los rostros ofrecian dibujadas las imágenes del dolor y del temor mas respetuoso.

¿Qué iba á suceder?

*

* *

Un pobre viejo que no pertenecia al consejo, que nadie habia visto, que nadie tampoco conocia, se adelanta de aquella multitud y se coloca entre ella y el rey.

¿Quieres, buen rey, le dice, que yo te aconseje lo que has de hacer?

Vaciló un momento el soberano entre descargar su cólera mal reprimida contra aquel intruso ó mandar sencillamente que le arrojasen fuera; pero meditando con rapidéz que nada perdía escuchando un consejo ofrecido espontáneamente cuando todos los demás se lo negaban, resolvió dejarle hablar, y así con un ademán hizoselo entender.

—Señor, dijo entónces, lo que deseas saber es muy fácil de averiguar: la corona será para el mas digno de los tres.

Las mas extrañas y varias sensaciones se sintieron en la asamblea; quién pensaba que aquello era imposible de averiguar, quién sostenía que los tres príncipes eran igualmente dignos, este clamaba que la sola suposicion del viejo era un desacato, aquel sostenía que se habia espresado con cordura, y todos susurraron sus ideas de tal modo que el rey hubo de imponerles silencio.

Cualquiera que en vez de mirar á la asamblea hubiese observado el semblante del monarca hubiera visto reflejarse

en él, como en un espejo todas y cada una de aquellas impresiones.

Por fin se decidió á hablar:

—Has espresado, le dijo, una idea muy atrevida y serás responsable de ella sino sales bien de su prueba. ¿Cual de mis hijos es el que llamas el mas digno?

El viejo, sin alterarse en lo mas mínimo, contestó:

• —El mas digno será el que lo acredite con sus actos. No lejos de aquí se extiende un desierto; en él existe abandonada una joya real, aquel de vuestros hijos que la traiga, será el mas digno, ya que con ella añadirá el mejor esplendor á su corona.

—Tú me responderás de la verdad de lo que dices, exclamó el rey; al tiempo que mandaba á sus cortesanos que le detuvieran.

Pero, cual no sería el asombro de todos cuando se cercioraron de que sin verle nadie habia desaparecido.

Que era ya una cosa sobrenatural nadie se atrevió á dudarlo.

Que debía seguirse consejo que de tan allá venia todos conyinieron.

Que no debia demorarse la ejecucion fué cosa acordada.

Y de esta suerte, las dudas se desvanecieron, las disputas se acallaron, se uniformaron los pareceres y todos se confundieron en los mas nobles sentimientos.

Así terminó aquel célebre consejo, y bajo aquella impresion se retiraron los cortesanos.

*
* *

¿A donde va el príncipe cabalgando en su magnífico caballo? ¿Por qué le empuja y aviva tiñendo con dos cintas rojas el vientre herido por las espuelas? ¿Qué afan le conduce? ¿Qué espíritu le guía?

Es el mayor de los hijos del rey: lleva sus mas ricos vestidos: sus armas mas valiosas. Una diadema sujeta sus cabellos, y una airosa capa envuelve su talle ondeando al viento su extremidad al ligero compas de su carrera.

Y salta los escollos, salva la distancia, atraviesa los extensos llanos, se arroja por empinados cerros, y siempre avanza, corre, vuela, y acelera el escape de su bruto.

Miradle... ya llega al desierto. No le impone aquella extension vastísima, ni sus peligros y horrores: no piensa en que ha de tener hambre y sed, y calor y fatiga; clava mas aún los afilados acicates y el herrado casco levanta una nube de pólvora en la arena del desierto.

Realidad ó fantasma, aquel ginete, que parece suspendido entre los pliegues de su capa y las curvas caprichosas del movable polvo, avanza siempre dejando detrás una estela sofocante, é imponiendo á el ánimo con la idea de la temeridad. ¿Cual es su destino? ¿Quién puede adivinar lo que se propone?

De repente se encuentra detenido en su camino por una brusca sacudida del caballo: delante de él se alzaba una viejecilla de aspecto pobre y repugnante, y que en ademán de súplica le señalaba un niño arrojado sobre la arena, al mismo tiempo que le ofrecía una rama ó pequeño arbusto de una especie que no se podia determinar.

El príncipe quedó indeciso un momento, pero recordando bien pronto que no para escuchar lástimas sino para buscar una joya se encontraba allí, miró con altivez á aquella criatura, apenas si se acordó del niño, y fustigando á su caballo con la rama que le dieran emprendió de nuevo su infernal carrera, cuyo ruido no fué bastante á apagar los lamentos de la vieja, ni los gemidos del niño.

Corrió, corrió siempre, rompió la rama sobre su bruto, arrojó á el aire sus pedazos, y siguió su vertiginosa carrera. Visitó el desierto, escudriñó cuanto supo y le fué dado y perseguido por el hambre, la sed y el cansancio, emprendió el retorno sin haber encontrado la joya que buscaba.

Cuando aún le faltaba buen trecho que atravesar perdió su valiente corcel que dejó abandonado y muerto en aquellas soledades; y andando, abrasándose los piés, y respirando fuego continuó su penoso viaje. Hubiera dado la mitad de su vida por una gota de agua, y la otra mitad por una sombra donde echar sus magullados y doloridos miembros.

En este estado, encorbado su cuerpo, jadeante, próximo á

expirar, encontró primero los secos pedazos de la rama con que agujerara su caballo, y mas allá la buena vieja que teniendo en sus faldas el cadáver del niño, lanzó una horrorosa carcajada al ver al príncipe.

Este sintió que algo agudo y frio como un hierro punzaba su alma, pero no queriendo pensar que aquello fuera la sensación del remordimiento, hizo un esfuerzo de voluntad y se sobrepuso á aquellos movimientos de su conciencia.

Por un verdadero milagro siguió su camino y pudo llegar á donde su padre le aguardaba con ansiedad febril.

¿Qué contestará ahora cuando le pregunten por la joya?

*
* *

¿A donde se dirige el príncipe montado en tan soberbio corcel? ¿Qué cuidado pone alas á su deseo, ó qué premio desconocido le aguarda? No corre mas la dorada chispa que brota del carró de Febo, ni desciende con mas rapidez la gota plateada del mundo donde Diana habita.

Es el segundo de los hijos del rey. Linda garzota flota en su birrete, y rasos y blondas dibujan su cuerpo del que penden como adorno armas de nielado sorprendente.

No hay para él distancias ni escollos; vence estos y salva aquellas; y en loca precipitada carrera llega por fin á las márgenes temerosas del desierto, y en sus abrasadoras llanuras se engolfa sin temor á la inmensidad que se alza sobre su cabeza, ni á la otra inmensidad que bajo sus piés se estiende.

Y vuela con la ligereza del relámpago. Señala su paso una parda y desigual nube que se levanta del suelo y se retuerce sobre sí misma, como se retorcerian los anillos de una serpiente monstruosa, para ir despues á desvanecerse por su extremidad cayendo los átomos de polvo sobre el polvo de que se levantaron.

Más, de pronto detiene su fogoso caballo, alienta con mas fuerza, pasa una mano por su rostro, y serenada un poco su vista observa una muger que le suplica, una pobre vieja que ofreciéndole un arbustillo, le señala un niño que descansa sobre la arena.

El príncipe se detiene un momento: cede á una idea que parece empujarle; hince ligeramente en el suelo el arbusto: arroja una moneda á la vieja; pero luego, luego clava hondamente los acicates en los ya heridos flancos de su caballo y parte como una rápida exhalacion.

El desierto fué estrecho á su carrera y pequeño á sus miradas; registrale por doquier; córrelo en todas direcciones; y solo cuando perdió la esperanza de encontrar la preciada joya, fué cuando sintió que su cuerpo estaba dominado por el cansancio, sus fauces quemadas, sus ojos brotando fuego, y su cabeza hirviendo con el ronco martilleo de una caldera de vapor.

Aún fué mayor su desgracia; su buen compañero, aquel magnífico caballo que tan sin piedad tratara, se rindió al cabo y tuvo que abandonarle dejándolo entregado á las convulsiones de la mas horrorosa agonía.

Anduvo largo rato el príncipe sobre las llagas de sus piés, sobre las quemaduras que la arena producía, y casi asfixiado, distinguió á lo lejos un árbol en que esperaba encontrar sombra y frescura. ¡Ah, y que cruel desengaño! La distancia se acorta, avanza, se apresura, llega á él, mas apenas le toca ruedan por el suelo hojas y ramas secas y abrasadas en aquella gran hoguera. El desengaño fué doloroso, pero mas aún la triste reconvenccion de la pobre vieja que un poco mas lejos le presentaba el doloroso cuadro del niño que agonizaba entre todas las torturas de aquel clima implacable.

Traspasado el corazon, acongojada el alma, pudo llegar el príncipe á donde su padre, con mas ánsia aún que á su primer hijo, le aguardaba.

*
* *

El tercero de los hijos del rey montó á su vez en un brioso caballo y partió al escape en busca de aquella joya que en sus abrasados senos escondia el desierto. El mismo espíritu, el mismo afan, el mismo deseo que á sus hermanos le animaba.

Por eso devoraba la distancia, cruzaba como la luz por

cuanto la vista alcanzaba y sin refrenar jamás su corcel, por el contrario le oprimía, gritaba y ayudaba.

Bosques sombríos, setos cuajados de florecillas, jardines preciosos en que se alzaban corpulentos árboles sobre canastillos de flores, ríos de frondosas márgenes en que á los olmos trepaban guirnaldas de plantas que mecía el viento, mientras lamían las aguas los débiles tallos de la mimbre, el taray y la zarzamora, verdes sembrados que circuian pitas y nopales, ricos plantíos; todo fué quedando atrás en aquella carrera veloz, éterea, incomprensible.

Mas allá el desierto.

Y al desierto se lanzó con mas viveza, é hizo que las arenas levantadas por su potro, como en un trono, le circuyeran, levantándose sin cesar y sin cesar cayendo.

Vuela, vuela siempre; mas ¿á donde irá?

Súbito su carrera se interrumpe; se detiene, baja del caballo. Es que una vieja se interpone en su camino, y le ofrece un arbol arrancado, y le señala un niño como implorando proteccion.

El buen príncipe se olvida del asunto que le lleva y por entero se dedica á servir aquella muger. Busca primero un sitio apropósito, escarba la arena con su puñal, hace un hoyo y le ahenda mas y mas hasta una profundidad que no se creyera posible con aquel instrumento. Entónces coje cuidadosamente el árbol, le clava en aquel hoyo y apisona alrededor la arena para evitar en lo posible la accion del calor sobre las raices. Luego ata un extremo de su capa á una de las ramas y con el puñal clava el otro extremo sobre la tierra. Hecho esto, se arrodilla cerca del niño, cógelo con cuidado y va á depositarle en la improvisada tienda: las lágrimas que se le saltan á el aspecto de aquel ser tan débil, y el sudor que de su frente brotaba fueron juntos á regar el tronco y raices del árbol. Depositó luego su pesada bolsa al lado del niño y salió apresurado á montar en su caballo. Habia formado la resolucion de volverse, porque la vista de aquellas miserias le disgustaron de la corona, de los esplendores del poder, y de todos los atractivos de la dignidad real.

Mas cuando intentó buscar su caballo, vió que siguiendo solo su carrera se habia apartado de allí largo espacio, por

lo cual sin curarse de los consejos y súplicas de la vieja, ni de sus muestras de gratitud, emprendió la marcha para cogerle y montar nuevamente. Caminó sin descanso mucho tiempo, y cuanto mas caminaba mayor era la distancia á que estaba el animal, porque esforzaba mas aún su carrera creyéndose perseguido, hasta que por último cayó para no levantarse mas.

El príncipe llegó á él y se cercioró de que estaba muerto, volviendo entonces sobre sus pasos y sintiendo mas que sus hermanos las crueles fatigas del camino.

Cuando ya las fuerzas parecian abandonarle divisó á lo lejos el árbol que plantara, y, reanimado por la esperanza, emprendió de nuevo su camino para llegar á aquel punto.

Y aquí fué la verdadera sorpresa. La tienda estaba completamente vacía, ni el niño, ni la vieja se descubren dentro, ni alrededor; y ¡oh prodigio! el agua filtrándose por la arena habia formado una pequeña poza al pié mismo del árbol, no habiéndose evaporado gracias á la sombra de las hojas y la capa.

Nuestro príncipe bebió con avidez, luego que perdió algun calor del que traia, y cansado y estropeado del camino, se rindió al sueño bajo aquella tienda protectora.

Parecióle mientras descansaba que un ruido confuso llegaba á sus oidos; creyó que era perseguido por un reptil terrible, y se estremeció en violenta pesadilla; mas luego se sintió defendido por el niño que con una piedra certeramente dirigida dió muerte al reptil; y por último, creyó que el mismo niño dejaba un objeto á su lado.

¿Cuanto tiempo duro su sueño? No podria dar razon; pero es lo cierto que al despertar vió muerto á su lado un espantoso reptil que tenia aplastada la cabeza bajo una piedra; y dentro del bolso que como limosna dejara, encontró una caja cerrada cuya cubierta decia «esta es la joya que buscas.»

*
* *

Otra vez se encontraban el rey y los príncipes ante el mismo consejo que ya conocemos.

El rey había hecho que cada uno de sus hijos contase sus aventuras en busca de la joya, y acababa en aquel momento de hablar el último, que mostraba á la atónita asamblea la misteriosa caja que encerraba el hallazgo.

Sin dar lugar á las dudas ni á las versiones que eran de suponer, apareció repentinamente el viejo que aconsejara al rey aquel medio de elección, y cogiendo la caja de manos del príncipe, la apretó entre sus dedos, crujieron las tapas, y en su fondo negro como la noche aparecieron escritas con lucientes estrellas estas palabras.

«No hay joya que iguale á la caridad.»

«La caridad nos libra del egoismo.»

EL ATAUD.

- ¿Por qué llora el leñador?
—Mis lágrimas mojan las tablas porque son para un ataud.
—¿Murió tu muger?
—Nó: la hubiera llorado, pero mis lágrimas no serian tan amargas.
—¿Murió tu hermano?
—Nó: le hubiera llorado, pero mis lágrimas no serian tan abundantes.
—¿Murió acaso tu padre?
—Nó: le hubiera llorado, pero Dios me daría resignacion.
—¿Quién murió, pues?
—Mi hijo: por eso ofendo á Dios rechazando sus consuelos: por eso la sierra al hundirse en el palo va partiéndome el corazon. Mira, caminante, ¿ves aquella cresta de lejana montaña que se dibuja con la mas suave azulada tinta mientras se tiñen de rojo y amarillo los caprichosos vapores que como graciosas nubes la coronan? ¿qué quedaria de ella para tus ojos si el sol se apagase por una eternidad en el espacio?
—Nada.
—Pues mi hijo era la luz de mi alma, quien la hacia brillar y colorearse; quien le daba vida en los campos del espíritu.

*
* *

—¿Por qué llora el carpintero?

—No lo soy; por eso el eco de mi martillo al clavar este ataúd no es seguro ni potente. Pero, mira, lloro por lo que voy á encerrar en él.

—¿Qué vas á encerrar en él?

—Los pedazos de mi alma y de mi corazón.

—¡Ah! será el cuerpo de tu padre.

—Nó: que entónces Dios me diera fuerzas.

—El de tu hermano, tal vez.

—Nó: mi pena no sería tan cruel.

—¿Es el de tu esposa?

—Es mi hijo: por eso los golpes de mi martillo están batiendo mi corazón. Mira, caminante, si á esa flor galana que crece en los trópicos perfumando el aire con el aceite de sus pétalos y recreando la vista con los matices de su corola, la quitasen en un momento aquel calor que la sustenta ¿qué quedaría de ella?

—Tejidos marchitos; polvo frío: nada.

—Pues mi hijo era para mí como el calor para la flor; por eso no se puede distinguir entre los dos quién es el cadáver si el que vive ó el que ha muerto.

*
* *

¡A dónde irá el pobre viejo arrastrando un ataúd!

¡A dónde irá con paso vacilante y regando el suelo con su lloro amargo?

Llega á una fosa y empuja, empuja su carga hasta que cae con ella dentro.

¡Que tormento pasará su alma! ¡que angustia tan horrosa destrozará su corazón!

Incorpórase como puede; abre aquellas mal unidas tablas que encierran á su hijo querido; y le incorpora en sus brazos, le habla, le grita, llora, y vuelve á apretarle contra su pecho.

Sus ojos se secan mas tarde; pero una mas cruel amargura se dibuja en su rostro. Empuja á un lado aquel cuerpo inerte y se coloca á su lado: su resolución está tomada: la muerte para él también.

*
* *

Al borde de la fosa asoma entónces un pobre niño.

¡Que sabe lo que está aconteciendo á sus piés!

Pero grita, grita á su abuelo, como en los momentos de mayor alegría, le tiende sus manos, le llama....

¿Qué pasa por el alma de aquel buen viejo? ¿Asoma de nuevo en ella el tivo resplandor de la alborada? ¿Se decen-tumecen sus miembros al sentir irradiarse en ellos un nuevo calor?

Primero se incorpora como si por igual le llamase el ataúd y la cuna: en medio de ellos está. Más luego vence esta y tras si se lleva un cuerpo doloroso y quebrantado.

Lazos misteriosos de la vida que así nos llevan trás de lo pasado ó de lo porvenir, y que así nos empujan del lado de la desesperacion ó nos sonrien con la mas dulce esperanza ¿qué sois? ¿cuál de entre vosotros es el mas poderoso? ¿cómo tejeis la urdimbre de nuestros días?

FIN.

ÍNDICE.

| | <u>Páginas.</u> |
|-------------------------------------|-----------------|
| Dedicatoria. | 5 |
| Noticia del autor. | 7 |
| Advertencia. | 11 |
| El libro del alma. | 13 |
| Gloria. | 17 |
| El valle negro. | 22 |
| Dos viages de un cometa. | 29 |
| Una nube del alma. | 33 |
| Un cuadro viejo. | 43 |
| El anillo de la conciencia. | 50 |
| En los sepulcros. | 58 |
| El sueño de la vida. | 62 |
| La puñalada | 72 |
| Una vision | 77 |
| Pensamientos. | 84 |
| La joya real. | 88 |
| El ataud. | 99 |

